

De Mijail Bakunin alguien dijo en su época que había dado “un puñetazo al cielo”. Y fue realmente tal la arremetida que hasta sus representantes terrenales quedaron tambaleando, y fue tal la amenaza que significaba Bakunin para estos que pesaban sobre él condenas a muerte en cinco países de Europa. De los ocho años que sufrió presidio, en completo aislamiento, cargado de cadenas cuando le permitían paseos por los patios de las varias fortalezas en las que fue confinado, muchos meses estuvo encadenado a un muro. Cuatro años más fue recluso a Siberia hasta que pudo evadirse a pie, atravesando montañas y desiertos helados, perseguido por centinelas y patrullas; escape que, hasta ese momento, no más que unos pocos condenados habían logrado concretar. Hasta su muerte vivió expulsado de varios países europeos, perseguido y constantemente vigilado por la policía. Y hasta su muerte desarrolló una agitación incansable, participando y promoviendo cuanta insurrección estuvo a su alcance. En la de Dresde, ciudad alemana, en 1849, antes de ser apresado, su participación fue central en las barricadas y en la organización de la defensa contra el ejército. Siguiendo su recomendación, los milicianos, en su mayoría obreros y mineros armados venidos de los barrios, colocaron en las murallas de la ciudad y en las barricadas las obras artísticas de Rafael y de Murillo para frenar al ejército prusiano. En otro lugar de Alemania, cuando transitaba por una carretera, unos campesinos se habían rebelado y vociferaban contra un castillo sin saber muy bien qué hacer; Bakunin bajó de la diligencia y sin detenerse a preguntarles a los campesinos el motivo de su protesta, les aconsejó y arengó de tal forma que cuando volvió a subir a la diligencia el castillo estaba en llamas por todos lados...

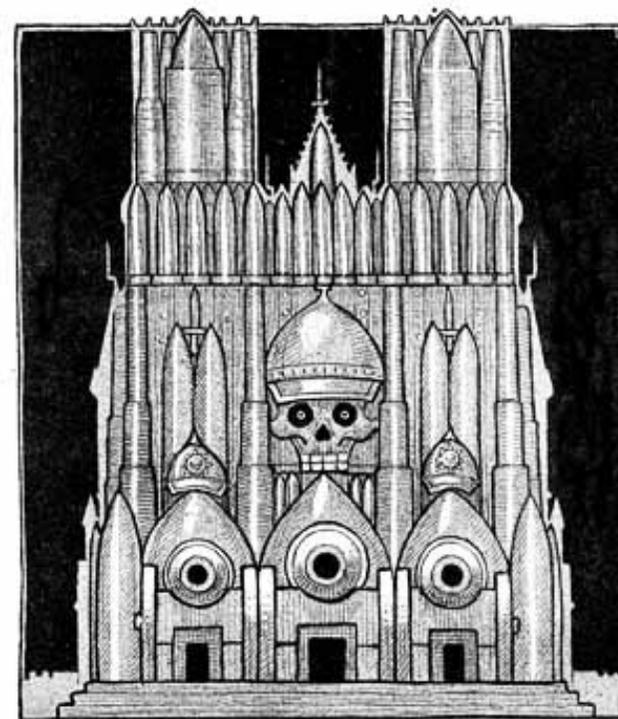
El presente texto es parte de ese “puñetazo al cielo”. Y es tal la sacudida, que las riquezas que el cielo divinizado acaparaba y que había despojado a los hombres, vuelven a estos para nutrirlos y alzarlos contra aquel. Esa es la arremetida de Bakunin.

Texto inconcluso, como toda su obra, es decir, continuable, es este *Antiteologismo*; extracto del escrito *Federalismo, socialismo y antiteologismo* redactado en 1868.

EDICIONES  
**¡LIBERTAD!**

publicacion\_libertad@yahoo.com.ar  
www.geocities.com/grupo\_libertad

# ANTITEOLOGISMO



Mijail Bakunin

momento el yugo bienhechor de una sabiduría y de una justicia que de una manera o de otra, les serán impuestas desde arriba. Pero impuestas ¿en nombre de qué y por quién? La autoridad reconocida y respetada como tal por las masas no puede tener más que tres fuentes: la fuerza, la religión o la acción de una inteligencia superior. Hablaremos más tarde de los Estados fundados en la doble autoridad de la religión y de la fuerza, porque en tanto que discutimos la teoría de los Estados fundados en el libre contrato, debemos hacer abstracción de una y de otra. No nos queda, pues, por el momento, más que la autoridad de la inteligencia superior representada siempre, como se sabe, por las minorías.

(...)<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Hasta acá es el extracto de la última parte de *Federalismo, socialismo y antiteologismo*, texto inconcluso cuya continuación se ha perdido, si es que fue escrita por Bakunin.

En 1867 Bakunin participa en el congreso de la *Liga de la Paz y la Libertad*, celebrado en Ginebra, institución donde dominaban las tendencias republicanas y liberales. Hay que recordar que para esa fecha la *Asociación Internacional de los Trabajadores* apenas había dado sus primeros pasos y su constitución no pasaba por mucho más de unas pocas secciones y del *Consejo General*. Es en esa fecha y en esa oportunidad que la participación pública de Bakunin, después de los años de cautiverio, vuelve a tomar vigor. No tenía la confianza Bakunin depositada en los burgueses y moderados de la *Liga*, sino que su intención era despertar los espíritus más rebeldes y radicalizados que participaran para conformar un núcleo que, una vez fraccionado de la *Liga*, constituyera una organización revolucionaria de carácter socialista y antiestatista; lo que más tarde se denominó la *Alianza Internacional de Democracia Socialista*. Es en la *Liga* donde Bakunin va a nuclear a Elisée Reclus, Giuseppe Fanelli, James Guillaume y Carlo Gambuzzi entre otros.

En el congreso inaugural de la *Liga*, en septiembre de 1867, Bakunin toma la palabra y dirige un discurso a los delegados asistentes. Nos relata un participante: “Cuando ascendió con sus pasos pesados y poco seguros por la escalera que conducía al estrado... se elevó un clamor entre la multitud: «¡Bakunin!». Garibaldi, que ocupaba el sillón presidencial, se levantó, avanzó hacia Bakunin y le abrazó. Aquel solemne encuentro de dos combatientes estoicos de la revolución causó una enorme impresión... todo el mundo se puso de pie y los aplausos se prolongaron indefinidamente. A la mañana siguiente Bakunin pronunció un discurso brillante...”. Luego es nombrado miembro del *Comité Central* de la *Liga*. Durante un año intentará que el Comité adopte una posición revolucionaria y socialista. Es en este contexto donde expone, primero verbalmente y como boceto, y luego de forma redactada, el escrito *Federalismo, socialismo y antiteologismo*, postura que es rechazada por la mayoría moderada y pacifista de los delegados. El folleto no es impreso y no aparece publicado hasta años después. En el segundo congreso de la *Liga de la Paz y la Libertad* celebrado en Berna, en septiembre de 1868, la minoría revolucionaria que había surgido, en la que se encontraba Bakunin, se separa de la *Liga* y los elementos asociados conforman la *Alianza Internacional de Democracia Socialista*, asociación de jóvenes radicalizados que llevarán luego a la *Internacional* los aires anárquicos. Bakunin ya participaba individualmente en ella desde julio de ese año y será el impulsor hasta su muerte de la tendencia antiautoritaria que terminará definiendo a la *Internacional* contra la política marxista. (Nota de los editores)

## Antiteologismo

Señores, estamos convencidos que ninguna gran transformación política y social es hecha en el mundo sin que haya sido acompañada, y con frecuencia precedida, por un movimiento análogo en las ideas filosóficas y religiosas que dirigen la conciencia tanto de los individuos como de la sociedad.

No siendo todas las religiones con sus dioses más que la creación de la fantasía creyente y crédula del hombre que no llegó todavía a la altura de la reflexión pura y del pensamiento libre apoyado en la ciencia, el cielo religioso no ha sido más que un milagro en el que el hombre exaltado por la fe halló largo tiempo su propia imagen, pero agrandada y trastornada, es decir, *divinizada*.

La historia de las religiones, la de la grandeza y decadencia de los dioses que se han sucedido, no es, pues, otra cosa que la historia del desenvolvimiento de la inteligencia y de la conciencia colectiva de los hombres. A medida que descubrían, sea en ellos, sea fuera de sí, una fuerza, una capacidad, una cualidad cualquiera la atribuían a sus dioses, después de haberla engrandecido, ampliado por sobre toda medida, como hacen ordinariamente los niños, por un acto de fantasía religioso. De suerte que gracias a esa modestia y a esa generosidad de los hombres, el cielo se ha enriquecido con los despojos de la Tierra, y por una consecuencia natural, cuanto más rico se hacía el cielo, más miserable se volvía la humanidad. Una vez instalada la divinidad fue naturalmente proclamada dueña, fuente dispensadora de todas las cosas; el mundo real no fue ya nada más que por ella, y el hombre, después de haberla creado a su imagen, se arrodilló ante ella y se declaró su criatura, su esclavo.

El cristianismo es precisamente la religión por excelencia, porque expone y manifiesta la naturaleza misma y la esencia de toda religión, que son: el empobrecimiento, el aniquilamiento, el sometimiento sistemáticos, absolutos de la humanidad en beneficio de la divinidad, principio supremo no sólo de toda religión, sino también de toda metafísica teísta o panteísta. Siendo dios todo, el mundo real y el hombre no son nada. Siendo dios la verdad, la justicia y la vida infinitas, el hombre es la mentira, la iniquidad y la muerte. Siendo dios el amo, el hombre es el esclavo. Incapaz de encontrar por sí mismo el camino de la justicia y de la verdad, debe recibirlas como una revelación de lo alto, por intermedio de los enviados y de los elegidos de la gracia divina. Quien dice revelación dice reveladores, dice profetas, dice sacerdotes, y una vez reconocidos éstos como los representantes de la divinidad sobre la Tierra, como los instructores y los iniciadores de la humanidad en la vida eterna, reciben por eso mismo la misión de dirigirlo, de gobernarlo y de mandarlo aquí abajo. Todos los hombres le deben una fe y una obediencia absolutas; esclavos de dios, deben serlo también de la Iglesia y del Estado, en tanto que éste es bendecido por la Iglesia.

De todas las religiones que existen o que han existido, el cristianismo es la única que ha comprendido perfectamente eso y sólo el catolicismo romano, entre todas las sectas cristianas, lo ha proclamado y realizado con una consecuencia rigurosa.

He aquí por qué el cristianismo es la religión absoluta, la última religión, y por qué la iglesia apostólica y romana es la única consecuente, legítima y divina.

Que no desagrade, pues, a todos los semifilósofos, a todos los llamados pensadores religiosos que: *la existencia de dios, implique la abdicación de la razón y de la justicia humanas, es la negación de la humana libertad y termina necesariamente en una esclavitud no sólo teórica, sino práctica.*

A menos, pues, de querer la esclavitud, no podemos ni debemos hacer la menor concesión a la teología, porque en ese alfabeto místico y rigurosamente consecuente, el que comienza por *A* debe llegar fatalmente a *Z*, y el que quiere adorar a dios debe renunciar a su libertad y a su dignidad de hombre:

Dios existe, por tanto el hombre es esclavo.

El hombre es inteligente, justo, libre, por tanto dios no existe.

Desafiamos al que sea capaz de salir de este círculo.

Por otra parte, la historia nos demuestra que los sacerdotes de todas las religiones, menos los de las iglesias perseguidas, han sido los aliados de la tiranía. Y estos últimos también, aunque combatiesen y maldijesen los poderes que los oprimían, ¿no disciplinaban al mismo tiempo a sus propios creyentes y por eso mismo no han preparado siempre los elementos de una tiranía nueva? La esclavitud intelectual, de cualquier naturaleza que sea, tendrá siempre por consecuencia natural la esclavitud política y social. Hoy el cristianismo, bajo todas sus formas diferentes, y con él la metafísica doctrinaria y deísta, salida de él, y que no es en el fondo más que una teología enmascarada, constituyen sin duda alguna el obstáculo más formidable para la emancipación de la sociedad; y la prueba es que los gobiernos, todos los estadistas de Europa, que no son ni metafísicos, ni teólogos, ni deístas, y que en el fondo de sus corazones no creen ni en dios ni en el diablo, protegen con pasión, con encarnizamiento la metafísica y la religión, cualquiera religión que sea, siempre que enseñe, como por lo demás lo hacen todas, la paciencia, la resignación, la sumisión.

Este encarnizamiento que ponen en defenderla nos prueba cuán necesario es para nosotros combatirlas y derribarlas.

¿Es preciso recordaros, señores, hasta qué punto las influencias religiosas desmoralizan y corrompen a los pueblos? Matan en ellos la razón, el principal instrumento de la emancipación humana, y los reducen a la imbecilidad, fundamento principal de toda esclavitud, llenando su espíritu de divinos absurdos. Matan en ellos la energía del trabajo, que es su gloria y su salvación: pues el trabajo es el acto por el cual el hombre, al convertirse en creador, forma su mundo, las bases y las condiciones de su humana existencia y conquista al mismo tiempo su libertad y su humanidad. La

de un mérito real la excesiva modestia, y que se presentan por sí al sufragio de sus conciudadanos, ¿serán aceptados siempre y preferidos por el pueblo a los intrigantes y ambiciosos, elocuentes y hábiles? Si, al contrario, quieren imponerse por la fuerza, es preciso primero que tengan a su disposición una fuerza suficiente para vencer la resistencia de un partido entero. Llegarán al poder por la guerra civil al fin de la cual habrá un partido, no reconciliado sino vencido, y siempre hostil. Para contenerlo, deberán continuar el uso de la fuerza. Esa no será, pues, una sociedad libre, sino un Estado despótico fundado en la violencia y en el cual encontraréis quizás muchas cosas que os parecerán admirables, pero nunca la libertad.

Para quedar en la ficción del Estado libre nacido de un contrato social, nos es preciso, pues, suponer que la mayoría de los ciudadanos ha tenido siempre la prudencia, el discernimiento y la justicia necesarios para elegir y colocar a la cabeza del gobierno a los hombres más dignos y capaces. Pero para que un pueblo haya mostrado, no una sola vez y sólo por azar, sino siempre en todas las elecciones que haya tenido que hacer, durante toda la duración de su existencia, ese discernimiento, esa justicia, esa prudencia, es preciso que él mismo, tomado en masa, haya llegado a un grado tan alto de moralidad y de cultura que no deba tener más necesidad ni de gobierno ni de Estado. Un tal pueblo no puede tener sólo necesidad de vivir dejando libre curso a todos sus instintos: la justicia y el orden público surgirán por sí mismos y naturalmente de su vida, y al cesar el Estado de ser la providencia, el tutor, el educador, el regulador de la sociedad, al renunciar a todo poder represivo y al caer en el rol subalterno que le asigna *Proudhon*, no será ya más que una simple oficina de negocios, una especie de despacho central al servicio de la sociedad.

Sin duda, una tal organización política, o más bien una tal reducción de la acción política, en favor de la libertad, de la vida social, sería un gran beneficio para la sociedad, pero no contentaría de ningún modo a los partidarios incondicionales del Estado. A éstos les es necesario en absoluto un Estado-providencia, un Estado-director de la vida social, dispensador de la justicia y regulador del orden público. Es decir, que se lo confiesen o no, y aun cuando se llamen republicanos, demócratas o también socialistas, les hace falta siempre un pueblo más o menos ignorante, menor de edad, incapaz, o para llamar las cosas por su nombre, un pueblo más o menos *canalla* que gobernar; a fin, sin duda, de que, violentando su desinterés y su modestia, puedan ocupar ellos mismos los primeros puestos, a fin de tener siempre ocasión de consagrarse a la cosa pública y de que, fuertes en su abnegación virtuosa y en su inteligencia exclusiva, guardianes privilegiados del humano rebaño, impulsándolo por su bien y conduciéndolo a la salvación, puedan también esquilmarlo un poco.

Toda teoría consecuente y sincera del Estado está esencialmente fundada en el principio de *autoridad*, es decir, en esa idea eminentemente teológica, metafísica, política, de que las masas, *siempre* incapaces de gobernarse, deberán sufrir en todo

cosa pública a su interés privado, y si no fuesen más que virtuosos sin inteligencia, la arruinarían infaliblemente a pesar de toda su buena fe. Es preciso, pues, para que una república no perezca, que posea en todas las épocas un número bastante considerable de hombres semejantes; es preciso que, en el lapso de toda su duración, haya una sucesión, por decirlo así, continua, de ciudadanos a la vez virtuosos e inteligentes.

He aquí una condición que no se realiza ni fácilmente ni a menudo. En la historia de cada país, las épocas que ofrecen un conjunto considerable de hombres eminentes son marcadas como épocas extraordinarias y que resplandecen a través de los siglos. Ordinariamente, en las regiones del poder, es la insignificancia, es lo caduco lo que domina, y a menudo como hemos visto en la historia, es lo negro y lo rojo es decir, todos los vicios y la violencia sanguinaria quienes triunfan. Podríamos concluir, pues, que si fuera verdad, como resulta claramente de la teoría del Estado llamado racional o liberal, que la conservación y la duración de toda sociedad política dependen de una sucesión de hombres tan notables por su inteligencia como por su virtud, de todas las sociedades actualmente existentes no hay una sola que no hubiese debido, desde hace mucho tiempo, cesar de existir. Si añadimos a esta dificultad, por no decir imposibilidad, las que surgen de la desmoralización particular asociada al poder, las tentaciones extraordinarias a que están infaliblemente expuestos todos los hombres que tienen en sus manos el poder, el efecto de las ambiciones, de las rivalidades, de las envidias y de las avaricias gigantescas que asaltan día y noche precisamente a las más altas posiciones, y contra las cuales no garantizan ni la inteligencia, ni con frecuencia la virtud, porque la virtud del hombre aislado es frágil, creemos tener todo el derecho a denunciar el milagro viendo existir tantas sociedades; pero sigamos.

Supongamos que en una sociedad ideal, en toda época se encuentra un número suficiente de hombres igualmente inteligentes y virtuosos para llenar dignamente las funciones principales del Estado. ¿Quién los buscará, quién los encontrará, quién los distinguirá y quién pondrá en sus manos el timón del Estado? ¿Se apoderarán ellos mismos de él en la conciencia de su inteligencia y de su virtud: así como lo hicieron dos sabios de Grecia; Cleóbulo y Periandro, a los cuales, a pesar de su gran sabiduría supuesta, los griegos no asociaron menos el nombre odioso de tirano? ¿Pero de qué manera tomarán el poder? ¿Será por la persuasión o por la fuerza? Si es por la primera observamos que no se persuade bien a los otros más que de aquello de que uno mismo está bien persuadido y que los mejores hombres son los que están menos persuadidos de su propio mérito: y si tienen conciencia de él, les repugna de ordinario imponerlo a los otros, mientras que los hombres malos y mediocres, siempre satisfechos de sí mismos, no experimentan ninguna repugnancia al glorificarse. Pero supongamos que el deseo de servir a la patria ha hecho acallar en los hombres

religión mata en ellos ese poder productivo, haciéndoles despreciar la vida terrestre, en vista de una celeste beatitud, representándoles el trabajo como una maldición o como un castigo merecido, y la desocupación como un divino privilegio. Mata en ellos la justicia, esa guardiana severa de la fraternidad y esa condición soberana de la paz, haciendo inclinar siempre la balanza en favor de los más fuertes, objetos privilegiados de la solicitud, de la gracia y de la bendición divinas. En fin, mata en ellos la humanidad, reemplazándola en sus corazones por la divina crueldad.

Toda religión está fundada en la sangre, porque todas, como se sabe, reposan esencialmente en la idea de sacrificio, es decir en la inmoción perpetua de la humanidad a la inextinguible venganza de la divinidad. En ese sangriento misterio el hombre es siempre la víctima, y el sacerdote, hombre también, pero hombre privilegiado por la gracia, es el divino verdugo. Esto nos explica por qué los sacerdotes de todas las religiones, los mejores, los más humanos, los más dulces, tienen casi siempre en el fondo de su corazón, y si no en su corazón al menos en su espíritu y en su imaginación -y se sabe la influencia que uno y otra ejercen sobre el corazón-, algo de crueles y de sanguinarios; y por qué, cuando se agitó en todas partes la cuestión de la abolición de la pena de muerte, sacerdotes católicos, ortodoxos moscovitas y griegos, protestantes, se declararon todos unánimemente por su mantenimiento.

La religión cristiana más que ninguna otra, fue fundada en sangre e históricamente bautizada en sangre. Que se cuenten los millones de víctimas que esta religión del amor y del perdón ha inmolado a la venganza cruel de su dios. Que se recuerden las torturas que ha inventado y que ha infligido. ¿Es hoy más suave y más humana? No, quebrantada por la indiferencia y por el escepticismo, sólo se ha vuelto hoy impotente, o más bien mucho menos poderosa, porque desgraciadamente la potencia del mal no le falta aún hoy mismo. Y ved en el país en que, galvanizada por las pasiones reaccionarias, parece revivir: su primera palabra, ¿no es siempre la venganza y la sangre, su segunda palabra no es la abdicación de la razón humana y su conclusión no es la esclavitud? En tanto que el cristianismo y los sacerdotes cristianos, en tanto que una religión divina continúen ejerciendo la menor influencia sobre las masas populares, la razón, la libertad, la humanidad, la justicia no triunfarán sobre la Tierra; porque en tanto que las masas populares queden sumergidas en la superstición religiosa servirán siempre de instrumento a todos los despotismos coaligados contra la emancipación de la humanidad.

Nos importa mucho pues, libertar a las masas de la superstición religiosa, no sólo por amor a ellas, sino por amor a nosotros mismos, para salvar nuestra libertad y nuestra seguridad. Pero no podemos llegar a este fin más que por dos caminos: el de la *ciencia racional* y el de la *propaganda del socialismo*.

Entendemos por *ciencia racional* aquella que, habiéndose libertado de todos los fantasmas de la metafísica y de la religión, se distingue de las ciencias puramente

experimentales y críticas, primero en que no restringe sus investigaciones a tal o cual objeto determinado, sino que se esfuerza por abrazar el universo entero, en tanto que conocido, porque no tiene nada que hacer con lo desconocido; y además en que no se sirve, como las ciencias mencionadas, exclusiva y solamente del método analítico, sino que permite también recurrir a la síntesis, procediendo muy a menudo por analogía y por deducción, teniendo buen cuidado de no atribuir nunca a esas síntesis más que un valor hipotético, hasta que hayan sido enteramente confirmadas por el más severo análisis experimental o crítico.

Las hipótesis de la ciencia racional se distinguen de las de la metafísica en que esta última, al deducir las suyas como consecuencias lógicas de un sistema absoluto, pretende forzar la naturaleza a aceptarlas; mientras que las hipótesis de la ciencia racional, nacidas, no de un sistema trascendente, sino de una síntesis que no es nunca más que el resumen o la expresión general de una cantidad de hechos demostrados por la experiencia, no pueden tener nunca ese carácter imperativo y obligatorio, al contrario, son presentadas siempre de modo que se pueda retirarlas tan pronto como se encuentren desmentidas por nuevas experiencias.

La filosofía racional o ciencia universal no procede aristocráticamente, ni autoritariamente, como la difunta metafísica. Organizándose ésta siempre de arriba a abajo, por vía de deducción y de síntesis, pretendía reconocer también la autonomía y la libertad de las ciencias particulares, pero en realidad las obstaculizaba horriblemente, hasta el punto de imponerles leyes y hechos, e impedirles entregarse a experiencias cuyos resultados habrían podido reducir a la nada todas sus especulaciones. La metafísica, como se ve, obraba según el método de los Estados centralizados.

La filosofía racional, al contrario, es una ciencia completamente democrática. Se organiza de abajo a arriba y tiene por fundamento único la experiencia. *Nada de lo que no ha sido realmente analizado y confirmado por la experiencia o por la más severa crítica puede ser aceptado por ella.* Por consiguiente dios, lo infinito, lo absoluto, todos esos objetos tan amados por la metafísica son absolutamente eliminados de su seno. Se aparta de ellos con indiferencia, mirándolos como otros tantos milagros o fantasmas. Pero como los milagros o los fantasmas constituyen parte esencial del desenvolvimiento del espíritu humano, puesto que el hombre no llega ordinariamente al conocimiento de la simple verdad más que después de haber imaginado, agotado, todas las ilusiones posibles, y como el desenvolvimiento del espíritu humano es un objetivo real de la ciencia, la filosofía natural les asigna su verdadero puesto, no ocupándose de ellos más que desde el punto de vista de la historia y se esfuerza por mostrarnos al mismo tiempo las causas tanto psicológicas como históricas que explican el nacimiento, el desenvolvimiento y la decadencia de las ideas religiosas y metafísicas tanto como su necesidad relativa y transitoria en las evoluciones del espíritu humano. De este modo les da toda la justicia a que tienen derecho y después se aparta de ellas para siempre.

do el hecho contradictorio en sí, de una legislación emanada del genio de un solo hombre, y unánimemente aclamada, libremente aceptada por todo un pueblo salvaje, sin que el legislador haya tenido necesidad de recurrir, sea a la fuerza bruta, sea a alguna divina superchería, queremos admitir ese milagro, y pedimos ahora la explicación de otro milagro no menos difícil de comprender que el primero: una vez proclamado y unánimemente aceptado el nuevo código de moral y de leyes ¿cómo procede en la práctica, en la vida? ¿Quién vela por su ejecución?

¿Se puede admitir que, de acuerdo a esa aceptación unánime, todos o sólo la mayoría de los salvajes que componen una sociedad primitiva y que estaban sumidos en la más profunda anarquía antes de ser proclamada la nueva legislación, se transformaron de repente y en tal grado, por el solo hecho de esa proclamación y de esa libre aceptación, que por sí mismos y sin otros estimulantes que sus convicciones propias, se pusieron a observar concienzudamente y a ejecutar regularmente las prescripciones y las leyes que les imponía una moral desconocida hasta entonces?

Admitir la posibilidad de un tal milagro, sería reconocer al mismo tiempo la inutilidad del Estado, la capacidad del hombre natural para concebir, querer y hacer, nada más que por impulso de su libertad propia, el bien, lo que sería tan contrario a la teoría del Estado llamado libre como a la del Estado religioso o divino; pues ambos tienen por base fundamental la incapacidad presumida de los hombres para elevarse al bien y hacerlo por impulso natural puesto que ese impulso, según esas mismas teorías, los lleva, al contrario, irresistiblemente y siempre hacia el mal. Por consiguiente, ambas nos enseñan que, para asegurar la observación de los principios y la ejecución de las leyes en alguna sociedad humana, cualquiera que sea, es preciso que se encuentre a la cabeza del Estado un poder vigente, regulador, y en caso de necesidad, represivo. Queda por saber quién deberá y podrá ejercerlo.

Para el Estado fundado sobre el derecho divino y por intervención de un dios cualquiera, la respuesta es siempre sencilla: serán los sacerdotes primero, después, las autoridades temporales, consagradas por los sacerdotes. La respuesta será mucho más difícil para la teoría del Estado fundado en el libre contrato. En una democracia pura, donde reina la igualdad, ¿quién podrá ser, en efecto, el guardián y el ejecutor de las leyes, el defensor de la justicia y del orden público contra las malas pasiones de cada uno? Cada uno es declarado incapaz de velar por sí mismo y de reprimir, en un grado necesario para la salvación común, su libertad propia, naturalmente inclinada al mal. En una palabra: ¿quién llenará las funciones del Estado?

Los mejores ciudadanos, se dirá, los más inteligentes y los más virtuosos, aquellos que comprendan mejor que los demás los intereses comunes de la sociedad, y la necesidad para cada uno, el deber de cada uno, de subordinarles todos los intereses particulares. Es preciso, en efecto, que esos hombres sean tan inteligentes como virtuosos, porque si fuesen sólo inteligentes sin virtud, podrían muy bien hacer servir la

autoridad cualquiera, sino de un compromiso mutuo, libremente contraído por los libres fundadores del Estado. Y como esos fundadores, según el sistema en cuestión, no fueron ni más ni menos que salvajes que, habiendo vivido hasta allí en la más completa libertad natural, debían ignorar la diferencia del bien y del mal, podríamos preguntar: ¿por qué medio han llegado de repente a distinguirlos y a separarlos? Es verdad que se podrá respondernos que, puesto que no formaron al principio su contrato mutuo más que en vista de su seguridad común, lo que llamaron el *bien* no fue, entonces, nada más que algunos puntos poco numerosos, estipulados por ellos en su contrato, como por ejemplo: no matarse, no robarse ni someterse mutuamente a todos los ataques del exterior; pero más tarde un legislador, hombre de genio virtuoso, nacido ya en medio de una asociación formada así, y por consiguiente educado en su espíritu, ha podido ampliar, profundizar sus condiciones y sus bases, y crea por eso mismo un primer código de moral y de leyes.

Pero de inmediato surge otra cuestión: al suponer que un hombre dotado de un genio extraordinario, nacido en medio de esa sociedad aun muy primitiva, ha podido, gracias a la elemental educación que recibió en su seno, y también a su genio, concebir un código de moral, ¿cómo ha podido hacerlo aceptar por su pueblo? ¿Por la fuerza sólo de la lógica? Esto es imposible. La lógica acaba por triunfar siempre, aun sobre los espíritus más recalcitrantes, pero es preciso para eso más que la vida de un hombre, y con espíritus poco desarrollados habrían sido necesarios muchos siglos. ¿Por la fuerza, por la violencia? Pero entonces no sería ya una sociedad fundada en el libre contrato, sino en la conquista, en el sometimiento.

Queda un tercer medio del cual habrá podido servirse un gran legislador de un pueblo salvaje para imponer su código a la masa de sus conciudadanos: es la autoridad divina. Y en efecto, vemos que los más grandes legisladores conocidos, desde Moisés hasta Mahoma inclusive, han recurrido a ese medio. Es muy eficaz en las naciones en que las creencias y el sentimiento religioso ejercen aún una gran influencia y naturalmente muy poderosa en medio de un pueblo salvaje. Sólo que la sociedad que habrá fundado no tendrá por fundamento el libre contrato; constituida por la intervención directa de la voluntad divina, será necesariamente un Estado teocrático, monárquico o aristocrático, pero en ningún sentido democrático; y como no se puede negociar con los buenos dioses, puesto que son tan poderosos como déspotas, y puesto que se está forzado a aceptar ciegamente todo lo que nos imponen y a suprimir su voluntad incondicionalmente, resulta de ello que, en una legislación dictada por los dioses, no puede haber plaza para la libertad. Abandonamos, pues, la constitución, por otra parte muy histórica, del Estado, por la intervención, sea directa, sea indirecta de la omnipotencia divina prometiendo volver sobre ella más adelante y volvemos de nuevo al examen del Estado libre fundado sobre el libre contrato. Llegados, por otra parte, a la convicción de no poder explicarnos de ningún mo-

Su objeto es el mundo real y conocido. A los ojos del filósofo racional no hay más que un ser en el mundo y una ciencia. Por consiguiente tiende a abarcar y a coordinar todas las ciencias particulares en un solo sistema. Esa coordinación de todas las ciencias positivas en un solo saber humano constituye la *filosofía positiva* o la ciencia universal. Heredera y al mismo tiempo negación absoluta de la religión y de la metafísica, esa filosofía, presentada y preparada desde hace largo tiempo por los más nobles espíritus, fue concebida por primera vez como un sistema completo, por un gran pensador francés, Augusto Comte, que trazó su primer plan con una mano sabia y atrevida.

La coordinación que establece la filosofía positiva no es una simple yuxtaposición, es una especie de encadenamiento orgánico por el cual, comenzando por la ciencia más abstracta, la cual tiene por objeto el orden de los hechos más simples, las matemáticas, se eleva de grado en grado a las ciencias comparativamente más concretas que tienen por objeto hechos más y más complejos. Así, de las matemáticas puras se eleva a la mecánica, a la astronomía, después a la física, a la química, a la geología y a la biología (comprendiendo en ella la clasificación, la anatomía y la fisiología comparadas de las plantas primero, y después del reino animal) y se acaba por la sociología, que abarca toda la humana historia en tanto que desenvolvimiento del ser humano colectivo e individual en la vida económica, política, social, religiosa, artística y científica. No hay entre todas esas ciencias que se suceden desde las matemáticas hasta la sociología inclusive, ninguna solución de continuidad. Un solo ser, un solo saber y en el fondo siempre el mismo método, pero que se complica necesariamente a medida que los hechos que se presentan se vuelven más complejos; cada ciencia que sigue se apoya amplia y absolutamente en la ciencia precedente, y en tanto que el estado actual de nuestros conocimientos reales lo permite, se presenta como su desenvolvimiento necesario.

Es curioso observar que el orden de las ciencias establecido por Augusto Comte es casi el de la *Enciclopedia* de Hegel, el más grande metafísico de los tiempos presentes y pasados, que ha tenido la dicha y la gloria de llevar el desenvolvimiento de la filosofía especulativa a su punto culminante, lo que hizo que, impulsada en adelante por su dialéctica propia, debiese destruirse a sí misma. Pero hay entre Augusto Comte y Hegel una enorme diferencia. En tanto que el segundo, como verdadero metafísico que era, había espiritualizado la materia y la naturaleza, haciéndolas proceder de la lógica, es decir del espíritu, Augusto Comte ha hecho todo lo contrario, materializó el espíritu, fundándolo únicamente en la materia. Es en eso en lo que consiste su gloria inmensa.

Así, la psicología, esa ciencia tan importante, que constituía la base misma de la metafísica, y a quien la filosofía especulativa consideraba como un mundo casi absoluto, espontáneo e independiente de toda influencia material, no tiene en el sistema

de Augusto Comte otra base que la fisiología, y no es otra cosa que el desenvolvimiento de ésta; de suerte que lo que llamamos inteligencia, imaginación, memoria, sentimiento, sensación, voluntad no son a nuestros ojos más que las diferentes facultades funciones o actividades del cuerpo humano.

Desde este punto de vista, el mundo humano, su desenvolvimiento, su historia – que habíamos visto hasta entonces como una manifestación de una idea teológica, metafísica y jurídico-política, y del cual debemos recomenzar hoy el estudio, tomando por punto de partida toda la naturaleza y por hilo director la propia fisiología del hombre– se nos aparecerán bajo una luz nueva, más natural, más humana, más amplia y más fecunda en enseñanzas para el porvenir.

Es así como se presenta ya en este camino el advenimiento de una ciencia nueva: la *sociología*, es decir la ciencia de las leyes generales que presiden todos los desenvolvimientos de la sociedad humana. Será el último término y el coronamiento de la filosofía positiva. La historia y la estadística nos prueban que el cuerpo social, como cualquier otro cuerpo natural, obedece en sus evoluciones y transmutaciones a leyes generales que parecen ser tan necesarias como las del mundo físico. Derivar estas leyes de los acontecimientos pasados y de la masa de los hechos presentes, tal debe ser el objeto de esta ciencia. Aparte del inmenso interés que presenta ya al espíritu, nos promete en el porvenir una gran utilidad práctica; porque lo mismo que no podemos dominar la naturaleza y transformarla, según nuestras necesidades progresivas mas que gracias al conocimiento que hemos adquirido de sus leyes, no podremos realizar nuestra libertad y nuestra prosperidad en el medio social mas que teniendo en cuenta las leyes naturales y permanentes que la gobiernan. Y desde el momento en que hemos reconocido que no existe de ningún modo el abismo que en la imaginación de los teólogos y de los metafísicos pretendía separar el espíritu de la naturaleza, debemos considerar la sociedad humana como un cuerpo, sin duda mucho más complejo que los otros, pero completamente natural y que obedece a las mismas leyes, más las que le son exclusivamente propias. Una vez admitido esto, se hace claro que el conocimiento y la estricta observancia de estas leyes es indispensable para que sean viables las transformaciones sociales que emprendemos.

Pero por otra parte sabemos que la *sociología* es una ciencia apenas nacida, que busca aún sus elementos, y si juzgamos esta ciencia, la más difícil de todas, según el ejemplo de las demás, debemos reconocer que serán precisos siglos, un siglo al menos, para que se constituya definitivamente y se transforme en una ciencia seria, suficiente y compleja. ¿Cómo hacer entonces? ¿Será preciso que la humanidad doliente espere aún un siglo o más para liberarse de todas las miserias que la oprimen, hasta el momento en que la sociología positiva, definitivamente constituida, venga a declararle que está, en fin, en estado de darle las indicaciones y las instrucciones que reclama su transformación racional?

A esto se podrá objetar que puesto que el Estado es el producto de un contrato libremente concluido por los hombres, y que el bien es el producto del Estado, se deduce que es el de la libertad. Esa conclusión no será justa del todo. El Estado mismo, en esa teoría, no es el producto de la libertad, sino al contrario, del sacrificio y de la negación voluntaria de la libertad. Los hombres naturales absolutamente libres *de derecho*, pero *de hecho* expuestos a todos los peligros que a cada instante de su vida amenazan su seguridad, para asegurar y salvaguardar esta última, sacrifican, reniegan una porción más o menos grande de su libertad, y en tanto que la han inmolido a su seguridad, en tanto que se han hecho ciudadanos, se convierten *en esclavos del Estado*. Tenemos, pues, razón al afirmar que *desde el punto de vista del Estado, el bien nace, no de la libertad, sino, al contrario, de la negación de la libertad*.

¿No es una cosa notable esa similitud entre la teología -esa ciencia de la iglesia- y la política -esa teoría del Estado-, ese encuentro de dos órdenes de pensamientos y de hechos en apariencia contrarios, en una misma convicción: *la de la necesidad de la inmolación de la humana libertad para moralizar a los hombres y para transformarlos, según la una en santos, y según la otra, en virtuosos ciudadanos?* Nosotros no nos maravillamos de ningún modo de ello, porque estamos convencidos y trataremos de probarlo más adelante, que la política y la teología son dos hermanas que proceden del mismo origen y que persiguen el mismo fin bajo nombres diferentes; y que cada Estado es una iglesia terrestre, como cada iglesia a su vez, con su cielo, morada de los bienaventurados y de los dioses inmortales, no es más que un celeste Estado.

El Estado, pues, como la iglesia parte de esa suposición fundamental de que los hombres son profundamente malos y que, entregados a su libertad natural, se desgarrarían naturalmente y ofrecerían el espectáculo de la más espantosa anarquía donde los más fuertes aplastarían o explotarían a los más débiles, todo lo contrario, ¿no es cierto?, de lo que sucede en nuestros Estados modelos de hoy. Representa como principio que para establecer el orden público es preciso una autoridad superior; que para guiar a los hombres y para reprimir sus malas pasiones, hace falta un guía y un freno; pero que esa autoridad debe ser la de un hombre de genio virtuoso<sup>7</sup>, legislador de su pueblo, como Moisés, Licurgo, Solón, y que ese guía y ese freno serán la sabiduría y la potencia represiva del Estado.

En nombre de la lógica podríamos disputar mucho sobre el legislador, porque en el sistema que examinamos ahora, se trata, no de un código de leyes impuesto por una

<sup>7</sup> El ideal de Mazzini. Véase, *Doveri dell'uomo*, Nápoles, 1860, pág. 3; y a *Pio IX, Pa-pa*, pág. 27: «Crediamo santa l'Autorità quando consacrata dal genio e della virtù soli sacerdoti dell'avvenire, e manifestata della vasta potenza di sacrificio, predica il bene e liberamente accettata guida visibilmente ad esso»... (Nota de Bakunin)

quistados, sometidos, reducidos a la esclavitud, bajo cualquier forma y cualquier denominación que sea. La esclavitud es, pues, una consecuencia necesaria de la existencia misma del Estado.

La esclavitud puede cambiar de forma y de nombre, el fondo queda siempre el mismo. Ese fondo se deja expresar con estas palabras: *ser esclavo es estar forzado a trabajar para otro, como ser amo es vivir del trabajo ajeno*. En la Antigüedad, como hoy en Asia, en África y como en una parte de América aún, los esclavos se llamaban simplemente *esclavos*. En la Edad Media tomaron el nombre de *siervos*, hoy se les llama *asalariados*. La posición de estos últimos es mucho más digna y menos dura que la de los esclavos, pero no son forzados menos por el hambre y por las instituciones políticas y sociales a mantener, por un trabajo muy duro, la desocupación absoluta o relativa de otro. Por consiguiente, son esclavos. Y en general, ningún Estado, ni antiguo ni moderno, ha podido ni podrá jamás pasarse sin el trabajo forzado de las masas, sea asalariadas, sea esclavas, como fundamento principal y absolutamente necesario del ocio de la libertad y de la civilización de la clase política: de los *ciudadanos*. Bajo este aspecto, los Estados Unidos de América del Norte no constituyen una excepción.

Tales son las condiciones interiores que se derivan necesariamente para el Estado de su posición exterior, es decir de su hostilidad natural, permanente e inevitable hacia todos los demás Estados. Veamos ahora las condiciones que se derivan directamente, para los ciudadanos, del libre contrato por el cual se constituyen en Estado.

El Estado no sólo tiene la misión de garantizar la seguridad de sus miembros contra todos los ataques que vengan del exterior, debe también defenderlos interiormente a uno contra otros y *a cada uno contra sí mismo*. Porque el Estado, y esto constituye su rasgo característico y fundamental, todo Estado, como toda teología, supone al hombre esencialmente malvado y malo. En el que examinamos ahora, también, hemos visto, que no comienza más que con la conclusión del contrato social y no es por consiguiente más que el producto de ese contrato, su contenido mismo. No es el producto de la libertad. Al contrario, en tanto que los hombres permanecen aislados en su individualidad absoluta, disfrutando de toda su libertad natural, y a la que no reconocen otros límites que los de hecho, no de derecho, no siguen más que una sola ley, la ley de su natural egoísmo: se ofenden, se maltratan y se roban mutuamente, se degüellan, se devoran y recíprocamente, cada cual, en la medida de su inteligencia, de su engaño y de sus fuerzas materiales, como lo hacen hoy, según hemos observado, los Estados. Por tanto la libertad humana no produce el bien sino el mal, el hombre es malo por naturaleza. ¿Cómo se ha vuelto malo? La explicación corresponde a la teología. El hecho es que el Estado, al nacer, lo encuentra ya malo y se encarga de hacerlo bueno, es decir, de transformar el hombre natural en ciudadano.

¡No, mil veces no! Primero, para esperar algunos siglos todavía sería necesario tener la paciencia... cediendo a un viejo hábito, íbamos a decir «la paciencia de los alemanes», pero nos hemos detenido, reflexionando que en el ejercicio de esa virtud han sobrepasado hoy otros pueblos a los alemanes. Y además, suponiendo que tuviésemos la posibilidad y la paciencia para esperar, ¿qué sería una sociedad que no nos presentara más que la traducción en la práctica o la aplicación de una ciencia, aunque esa ciencia fuera la más completa del mundo?: una miseria. Imaginaos un universo que no contuviera nada más que lo que el espíritu humano ha percibido hasta aquí, reconocido y comprendido, ¿no sería una misera pequeñez al lado del universo que existe?

Estamos llenos de respeto hacia la ciencia y la consideramos como uno de los más preciosos tesoros, como una de las glorias más puras de la humanidad. Por ella se distingue el hombre del animal, hoy su hermano menor, antes su antepasado, y deviene capaz de ser libre. Por lo tanto es necesario reconocer también los límites de la ciencia y recordarle que no es todo, que no es más que una parte y que el todo es la vida: la vida universal de los mundos, o, para no perdernos en lo desconocido y en lo indefinido: la de nuestro sistema solar o la de nuestro globo terrestre sólo, o bien, restringiéndonos aún más, el mundo humano, el movimiento, el desenvolvimiento, la vida de la humana sociedad sobre la Tierra. Todo esto es infinitamente más amplio, más extenso, más profundo y más rico que la ciencia, y no será nunca agotado por ella.

La vida, tomada en su sentido universal, no es la aplicación de tal o cual teoría humana o divina -es una creación, hubiéramos dicho de buena gana si no temiésemos dar lugar a un malentendido con esa palabra-; y comparando los pueblos creadores de su propia historia a artistas, preguntaríamos si los grandes poetas han esperado alguna vez que la ciencia descubriese las leyes de la creación poética para crear sus obras maestras. ¿No han hecho Esquilo y Sófocles sus magníficas tragedias mucho antes de que Aristóteles hubiese calcado sobre sus obras mismas la primera estética? Shakespeare, ¿se ha dejado inspirar en alguna ocasión por una teoría? ¿Y Beethoven, no amplió las bases del contrapunto por la creación de sus sinfonías? ¿Y qué sería una obra de arte producida según los preceptos de la más bella estética del mundo? Una vez más, una cosa miserable. ¡Pero los pueblos que crean su historia no son, probablemente, ricos en instinto, ni menos poderosos creadores, ni más dependientes de los señores sabios que los artistas!

Si vacilamos en hacer uso de esta palabra: *creación*, es porque tememos que se asocie a ella un sentido que nos es imposible admitir. Quien dice *creación* parece decir *creador*, y nosotros rechazamos la existencia de un creador único, tanto para el mundo humano como para el mundo físico, pues ambos no son sino uno solo a nuestros ojos. Al hablar de *los pueblos creadores de su propia historia*, tenemos la con-

ciencia de emplear una expresión metafórica, una comparación impropia. Cada pueblo es un ser colectivo que posee sin duda propiedades tanto fisiológico-psicológicas como político-sociales particulares que al distinguirlo de todos los demás pueblos, lo individualizan en cierto modo; pero no es nunca un individuo, un ser único e indivisible en el sentido real de esta palabra. Por desarrollada que esté su conciencia colectiva y por concentrada que pueda encontrarse en el momento de una gran crisis nacional, la pasión, o lo que se llama la voluntad popular hacia un solo fin, jamás llegará esa concentración a la de un individuo real. En una palabra, ningún pueblo, por unido que se sienta, podrá jamás decir: ¡nosotros queremos! Sólo el individuo tiene el hábito de decir: ¡yo quiero! Y cuando oís decir en nombre de un pueblo entero: ¡él quiere!, estad bien seguros que un usurpador cualquiera, hombre o partido, se oculta tras eso.

Con la palabra *creación* no nos referimos aquí ni a la creación teológica o metafísica, ni a la creación artística, docta, industrial, ni a no importa qué creación tras la cual se halle un individuo creador. Entendemos simplemente por esa palabra, el producto infinitamente complejo de una cantidad innumerable de causas muy diferentes, grandes y pequeñas, algunas conocidas, pero la inmensa mayoría desconocidas aún y que en un momento dado, habiéndose combinado, no sin razón, pero sí sin plan trazado de antemano y sin premeditación alguna, han producido el hecho.

Pero entonces, se dirá, la historia y los destinos de la humana sociedad, ¿no presentarían ya más que un caos y no serían ya más que juguetes del azar? Al contrario, desde el momento en que la historia esté libre de toda arbitrariedad divina y humana, entonces y sólo entonces es cuando se presenta a nuestros ojos en toda la grandeza imponente y al mismo tiempo racional de un desenvolvimiento necesario, como la naturaleza orgánica y física de la que es continuación inmediata. Esta última, a pesar de la inagotable riqueza y variedad de los seres reales de que está compuesta, no nos presenta de ningún modo el caos, sino al contrario un mundo magníficamente organizado, y donde cada parte conserva, por decirlo así, una relación necesariamente lógica con todas las demás. Pero entonces, se dirá, ¿ha habido un ordenador? Muy lejos de ello, un ordenador, aunque fuese un dios, no hubiera podido más que obstaculizar por su arbitrariedad personal la ordenación natural y el desenvolvimiento lógico de las cosas, y hemos visto que la propiedad principal de la divinidad en todas las religiones es ser precisamente superior, es decir contraria a toda lógica, y no tener nunca más que una sola lógica propia: la de la imposibilidad natural, o la del absurdo<sup>1</sup>. Porque, ¿qué es la lógica sino la corriente o el desenvolvimiento natural de las cosas, o bien el procedimiento natural por el cual muchas causas determi-

---

<sup>1</sup> Decir que dios no es contrario a la lógica, es afirmar que es absolutamente idéntico, que no es más que la lógica, es decir, la corriente y el desenvolvimiento natural de las cosas reales, es decir, que dios no existe. La existencia de dios no puede, pues, tener

tanto que los pequeños países no son virtuosos más que por debilidad, los Estados poderosos no se sostienen más que por el crimen. Sólo que nuestra conclusión será absolutamente opuesta a la suya y eso por una simple razón: somos hijos de la revolución y hemos heredado de ella la religión de la humanidad, que debemos fundar en las ruinas de la religión de la divinidad; creemos en los derechos del hombre, en la dignidad y en la emancipación necesaria de la humana especie; creemos en la humana libertad y en la humana fraternidad fundadas en la humana justicia. Creemos, en una palabra, en el triunfo de la humanidad sobre la Tierra, pero ese triunfo a que apelamos con nuestros votos y que queremos aproximar con todos nuestros esfuerzos unidos, siendo por su naturaleza misma la negación del crimen, que no es otra cosa que la negación de la humanidad, no podrá realizarse más que cuando el crimen cese de ser lo que es más o menos en todas partes hoy: *la base misma de la existencia política de las naciones, absorbidas, dominadas por la idea del Estado*. Y puesto que se ha demostrado que ningún Estado podría existir sin cometer crímenes, o al menos sin soñarlos y meditarlos, cuando su impotencia les impide realizarlos, concluimos hoy en la *absoluta necesidad de la destrucción de los Estados*, o si se quiere de su radical y completa transformación, en este sentido: al dejar de ser potencias centralizadas y organizadas de arriba a abajo, sea por la violencia, sea por la autoridad de un principio cualquiera, se reorganizan -con una absoluta libertad para todas las partes de unirse o de no unirse y conservando en una la libertad de salir siempre de una unión, aunque la haya consentido libremente- de abajo a arriba, según las necesidades reales y las tendencias naturales de las partes por libre federación de los individuos y de las asociaciones de las comunas, de los distritos, de las provincias y de las naciones en la humanidad.

Tales son las conclusiones a las que nos lleva necesariamente el examen de las relaciones externas del Estado, hasta del llamado libre, con los otros Estados. Veremos más tarde que el Estado que se funda en el derecho divino o en la sanción religiosa llega precisamente a los mismos resultados. Examinemos ahora las relaciones del Estado fundado en el libre contrato hacia sus propios ciudadanos o súbditos.

Hemos visto que al excluir a la inmensa mayoría de la humana especie de su seno, al rechazarla fuera de los compromisos y de los deberes recíprocos de la moral, de la justicia y del derecho, niega la humanidad, y con esta gran palabra: *patriotismo*, impone la injusticia y la crueldad a todos sus súbditos, como un supremo deber. Restringe, trunca, mata en ellos la humanidad para que, cesando de ser hombres, no sean más que ciudadanos -o bien, lo que será más justo desde el punto de vista de la sucesión histórica de los hechos, para que no se eleven nunca por encima del ciudadano, a la altura del hombre-. Hemos visto por otra parte que todo Estado, bajo pena de perecer y de verse devorado por los Estados vecinos, debe tender a la omnipotencia, y una vez poderoso, debe conquistar. Quien dice *conquista*, dice pueblos con-

vos; por qué reyes y ministros presentes y pasados, de todos los tiempos y de todos los países: estadistas, diplomáticos, burócratas y guerreros, si se les juzga desde el punto de vista de la simple moral de la justicia humana, han merecido cien, mil veces la horca o las galeras; pues no hay horror, crueldad, infame transacción, impostura, robo cínico, saqueo desvergonzado y sucia traición que no hayan sido o que no sean cotidianamente realizados por los representantes de los Estados, sin otra excusa que esta palabra clásica, a la vez tan cómoda y tan terrible: *¡la razón de Estado!*

Palabra verdaderamente terrible, porque ha corrompido y deshonrado, en las regiones oficiales y en las clases gubernamentales de la sociedad, más gentes que el cristianismo. En cuanto se pronuncia, todo es callado, todo cesa: la honestidad, el honor, la justicia, el derecho, la piedad misma cesa, y con ella la lógica y el buen sentido; lo negro se vuelve blanco y lo blanco negro, lo horrible, humano y las más cobardes felonías, los crímenes más atroces se convierten en actos meritorios.

Maquiavelo, el gran filósofo político italiano, fue el primero que pronunció ésta palabra, o que al menos le ha dado su verdadero sentido y la inmensa popularidad de que goza hoy en el mundo de nuestros gobernantes. Pensador realista y positivo si los hay, ha comprendido, él primero, que los grandes y potentes Estados no podían ser fundados y mantenidos más que por el crimen, por muchos grandes crímenes, y por un desprecio radical hacia todo lo que se llame honradez. Lo ha escrito, explicado y probado con una terrible franqueza. Y cómo la idea de la humanidad ha sido perfectamente ignorada en su tiempo; cómo la de la fraternidad, no humana, sino religiosa, predicada por la iglesia católica, no ha sido entonces, como siempre, más que una horrorosa ironía desconocida a cada instante por los propios actos de la Iglesia; cómo en su tiempo no se sabía que hubiese algo como un derecho popular, pues los pueblos no han sido considerados nunca más que como una masa inerte e inepta, como una especie de carne de Estados, cortable y conservable sin miramiento, y consagrada a una obediencia tierna; cómo no había allí entonces absolutamente nada, ni en Italia ni en otra parte, que estuviese por encima del Estado, Maquiavelo concluyó con mucha lógica que el Estado era el fin supremo de toda humana existencia, que había que servirlo a todo precio, y que, prevaleciendo el interés del Estado sobre todas las cosas, un buen patriota no debía retroceder ante ningún crimen con ese propósito. Aconseja el crimen, lo manda y hace de él una condición *sine qua non* de la inteligencia política, así como del verdadero patriotismo. Que el Estado se llame monárquico o republicano, será siempre necesario el crimen para su conservación y para su triunfo. Cambiará sin duda de dirección y de objeto, pero su naturaleza será la misma. Será siempre la violación enérgica, permanente, de la justicia, de la piedad, de la honestidad, para la salvación del Estado.

Sí, Maquiavelo tiene razón, no podemos dudar de ello, después de una experiencia de tres siglos y medio agregada a su experiencia. Sí, toda la historia nos lo dice: en

nantes producen un hecho? Por consiguiente, podemos enunciar este axioma tan sencillo y al mismo tiempo tan decisivo:

*Todo lo que es natural es lógico, y todo lo que es lógico está realizado o debe realizarse en el mundo real, en la naturaleza propiamente dicha y en su desenvolvimiento posterior: en la historia natural de la humana sociedad.*

La cuestión es, pues, saber: ¿qué es la lógica en la naturaleza y en la historia? No es tan fácil de determinar como se puede imaginar al primer momento. Porque, para saberlo perfectamente, de modo que no se engañe uno jamás, será preciso tener conocimiento de todas las causas, influencias, acciones y reacciones que determinen la naturaleza de una cosa y de un hecho sin exceptuar una sola, aunque fuese la más lejana y la más débil. ¿Y cuál es la filosofía o la ciencia que puede vanagloriarse de poder abarcarlas todas y agotarlas mediante su análisis? Será preciso ser muy pobre de espíritu, muy poco consciente de la infinita riqueza del mundo real para pretenderlo.

¿Hay que dudar por eso de la ciencia? ¿Es preciso rechazarla porque no nos da lo que no puede darnos? Eso sería una locura mucho más funesta aún que la primera. Abandonad la ciencia, y por falta de luz volveréis al estado de los gorilas, nuestros antepasados, y os será forzoso rehacer durante un millar de años todo el camino que debió recorrer la humanidad a través de los resplandores fantasmagóricos de la religión y de la metafísica, para llegar de nuevo a la luz imperfecta, es verdad, pero al menos muy segura que poseemos hoy.

El triunfo más grande y decisivo obtenido por ella en nuestros días fue, como lo hemos observado ya, el haber incorporado la psicología a la biología; el haber establecido que todos los actos intelectuales y morales que distinguen al hombre de las demás especies animales, tales como el pensamiento, el acto de la humana inteligencia y las manifestaciones de la voluntad reflexiva, tienen su fuerza única en la organización, sin duda más completa, pero sin embargo material, del hombre, sin sombra de intervención espiritual o extramaterial; que son, en una palabra, productos surgidos de la combinación de diversas funciones puramente fisiológicas del cerebro.

Este descubrimiento es inmenso, tanto desde el punto de vista de la ciencia como del de la vida. Gracias a él la ciencia del mundo humano, comprendidas en ella la antropología, la psicología, la lógica, la moral, la economía social, la política, la estética, la teología, la metafísica, y también la historia; en una palabra, toda la sociología, deviene posible. Entre el mundo humano y el mundo natural no hay ya solución de continuidad; pero como el mundo orgánico, bien que sea el desenvolvimien-

---

valor más que como negación de las leyes naturales, de donde resulta este dilema irrefutable, dios existe, por consiguiente no hay leyes naturales y el mundo presenta un caos. El mundo no es un caos, está ordenado en sí mismo, luego dios no existe. (Nota de Bakunin)

to ininterrumpido y directo del mundo inorgánico, se distingue sin embargo de éste, profundamente, por la introducción de un elemento activo nuevo: la *materia orgánica*, producida, no por la intervención de una causa extramundana cualquiera, sino por combinaciones de la materia inorgánica, desconocidas para nosotros hasta el presente, combinaciones que producen a su vez, sobre la base y en las condiciones de ese mundo inorgánico, de que es ella misma el resultado más elevado, todas las riquezas de la vida vegetal y animal. Lo mismo el mundo orgánico, que es también la continuación inmediata del mundo inorgánico, se distingue esencialmente de él por un nuevo elemento: el *pensamiento*, producido por la actividad completamente psicológica del cerebro y que produce al mismo tiempo, en medio de ese mundo material y en sus condiciones orgánicas y anorgánicas, de las cuales es por decirlo así el último resultado, todo lo que llamamos el desenvolvimiento intelectual y moral, político y social del hombre: la historia de la humanidad.

Para los hombres que piensan realmente con lógica, y cuya inteligencia se ha elevado a la altura actual de la ciencia, esa unidad del mundo o del ser es en adelante una verdad adquirida. Pero es imposible desconocer que ese hecho tan simple, y de tal modo evidente que todo lo que le es opuesto se nos aparece en lo sucesivo como absurdo; que ese hecho, decimos, esté en flagrante contradicción con la conciencia universal de la humanidad que, abstracción hecha de la diferencia de las formas en que se ha manifestado en la historia, se ha pronunciado siempre unánimemente por la existencia de dos mundos distintos: el mundo espiritual y el mundo material, el mundo divino y el mundo real. Desde los fetichistas que adoran en el mundo que les rodea la acción de un poder sobrenatural, encarnado en algún objeto material, todos los pueblos han creído, todos creen todavía hoy en la existencia de una divinidad cualquiera.

Esa unanimidad imponente, según la opinión de muchas personas, vale más que todas las demostraciones de la ciencia; y si la lógica de un pequeño número de pensadores consecuentes, pero aislados, le es contraria, tanto peor, dicen, para esa lógica, porque el consentimiento unánime, la adopción universal de una idea, han sido consideradas siempre como la prueba más victoriosa de su verdad y eso con mucha razón, porque el sentimiento de todo el mundo y de todos los tiempos no podría engañarse; debe tener su raíz en una necesidad esencial, inherente a la naturaleza misma de toda la humanidad. Pero si es verdad que, conforme a esa necesidad, el hombre tiene absoluta necesidad de creer en la existencia de un dios, el que no cree en ella, cualquiera que sea la lógica que lo arrastre a ese escepticismo, es una excepción anormal, un monstruo.

He ahí la argumentación favorita de muchos teólogos y metafísicos de nuestros días, hasta del ilustre Mazzini mismo, que no puede vivir sin un buen dios para fundar su república ascética y para hacerla aceptar por las masas populares, de las cuales sacrifica sistemáticamente la libertad y el bienestar a la grandeza de un Estado ideal.

y al mismo tiempo extrañas una a otra no podrían coexistir sin destruirse recíprocamente.

*El Estado es, pues, la negación más flagrante, la más cínica y la más completa de la humanidad.* Rompe la universal solidaridad de todos los hombres sobre la Tierra y no asocia una parte, más que para destruir, conquistar y subyugar el resto. No cubre con su protección más que a los propios ciudadanos, no reconoce el derecho humano, la humanidad, la civilización, más que en el interior de sus propios límites; al no reconocer ningún derecho fuera de sí mismo, se abroga lógicamente el de la más feroz inhumanidad contra todas las poblaciones extrañas que puede saquear, exterminar o someter a su capricho. Si se muestra generoso y humano hacia ellas, no es nunca por deber; porque no tiene deberes más que para consigo primero, luego para con aquellos de sus miembros que lo formaron libremente, que continúan constituyéndolo libremente o bien, como sucede siempre a la larga, que se han vuelto sus súbditos. Como el derecho internacional no existe, *y como no podría existir nunca de una manera seria y real sin minar en sus fundamentos mismos el principio de la absoluta soberanía de los Estados*, el Estado no puede tener deberes frente a las poblaciones extrañas. Por tanto, si trata humanamente a un pueblo conquistado, si no lo saquea y lo extermina más que a medias, y si no lo reduce al último grado de esclavitud, será por política o por prudencia tal vez, o bien por pura magnanimidad, pero nunca por deber, porque tiene el derecho absoluto de disponer de él a su antojo.

Esta negación flagrante de la humanidad, que constituye la esencia misma del Estado, desde el punto de vista del Estado es el supremo deber y la más grande virtud: se llama *patriotismo* y constituye toda la moral trascendente del Estado. La llamamos *moral trascendente* porque sobrepasa ordinariamente el nivel de la moral y de la justicia humanas, comunes o privadas, y por eso mismo se pone muy a menudo en contradicción con ellas. Así, ofender, oprimir, expoliar, saquear, asesinar o subyugar al prójimo, según la moral ordinaria de los hombres, es considerado como un crimen. En la vida pública, al contrario, desde el punto de vista del patriotismo, cuando se hace por la mayor gloria del Estado, para conservar o bien para ampliar su poder, todo eso se convierte en deber y en virtud. Y esa virtud, ese deber son obligatorios para cada ciudadano patriota; cada uno debe ejercerlos, no sólo contra los extranjeros, sino contra los conciudadanos mismos, miembros o súbditos como él del Estado, siempre que la salvación de este último la reclame.

Esto nos explica por qué desde el comienzo de la historia, es decir, desde el nacimiento de los Estados, el mundo de la política ha sido siempre y continúa siendo aún el teatro de la pillería y del sublime bandidismo, bandidismo y pillería por lo demás altamente honrados, puesto que son ordenados por el patriotismo, por la moral trascendente y por el interés supremo del Estado. Eso nos explica por qué toda la historia de los Estados antiguos y modernos no es más que una serie de crímenes repulsi-

Los Estados modernos han llegado precisamente a ese punto. El cristianismo no les sirve más que de pretexto y de frase, o de medio para engañar a los bодоques, porque persiguen fines que nada tienen que ver con los sentimientos religiosos; y los grandes estadistas de nuestros días: los Palmerston, los Muravief, los Cavour, los Bismarck, los Napoleón reírían mucho si se tomasen en serio sus demostraciones religiosas. Reírían más aún si se les atribuyen sentimientos, consideraciones, intenciones humanitarias, que por lo demás no dejan nunca de tratar públicamente como ni-miedades. ¿Qué queda, pues, para constituirles una moral? Únicamente el interés del Estado. Desde este punto de vista, que, por lo demás, con muy pocas excepciones, fue el de los estadistas, el de los *hombres fuertes* de todos los tiempos y de todos los países, todo lo que sirve para la conservación, la grandeza y la potencia del Estado, por sacrílego que esto sea desde el punto de vista religioso, y por repulsivo que pueda parecer desde el de la moral humana, es lo *bueno*, y viceversa, todo lo que le es contrario, aunque sea la cosa más santa y humanamente más justa, es lo *malo*. Tales son en su verdad la moral y la práctica seculares de todos los Estados.

Es también la del Estado fundado en la teoría del contrato social. Según ese sistema, al no comenzar lo bueno y lo justo más que con el contrato, no son en efecto nada más que el contenido mismo y el fin del contrato, es decir, el *interés común* y el *derecho público* de todos los individuos que lo han formado entre sí, *con exclusión de todos los que quedaron fuera del contrato*, por consiguiente, nada más que la *mayor satisfacción dada al egoísmo colectivo de una asociación particular y restringida*, que, formada en el sacrificio parcial del egoísmo individual de cada uno de sus miembros, rechaza de su seno, como extraños y como enemigos naturales, a la inmensa mayoría de la especie humana formada o no formada en asociaciones análogas.

La existencia de un solo Estado restringido supone necesariamente la existencia y en caso de necesidad provoca la formación de varios Estados, siendo muy natural que los individuos que se encuentran fuera de él, amenazados por él en su existencia y en su libertad, se asocien a su vez contra él. He ahí, pues, a la humanidad dividida en un número indefinido de Estados extraños, hostiles y amenazadores unos para otros. No existe derecho común, contrato social entre ellos, porque si existiese uno, cesaría de haber Estados absolutamente independientes entre sí y se convertirían en miembros federados de un solo gran Estado. Pues a menos que ese gran Estado no abarcase la humanidad entera, tendría en contra, en la misma actitud de hostilidad necesaria, otros grandes Estados interiormente federados, sería siempre la guerra la ley suprema y una necesidad inherente a la existencia misma de la humanidad.

Interiormente federado o no federado, todo Estado, bajo pena de perecer, debe tratar de hacerse el más poderoso. Debe devorar para no ser devorado, conquistar para no ser conquistado, subyugar para no ser subyugado, porque dos potencias similares

Así pues, la antigüedad y la universalidad de la creencia en dios, serían, contra toda ciencia y contra toda lógica, las pruebas irrecusables de la existencia de dios. ¿Y por qué? Hasta el siglo de Copérnico y de Galileo, todo el mundo, menos los pitagóricos quizá, creyó que el sol giraba alrededor de la Tierra: ¿era esa creencia una prueba de la verdad de esa suposición? Desde el origen de la sociedad histórica hasta nuestros días existió siempre y en todas partes la explotación del trabajo forzado de las masas obreras esclavas o asalariadas por alguna minoría conquistadora: ¿se desprende de eso que la explotación del trabajo ajeno por parásitos no es una iniquidad, una explotación o un robo? He ahí dos ejemplos que prueban que la argumentación de nuestros deístas modernos no vale nada.

Nada es, en efecto, tan universal ni tan antiguo como el absurdo, y, al contrario, es la verdad la que es relativamente mucho más joven pues ha sido siempre el resultado, el producto, nunca el comienzo, de la historia; porque el hombre, por su origen, primo, sino descendiente directo del gorila, ha partido de la noche profunda del instinto animal para llegar a la luz del espíritu, lo que explica muy naturalmente todas sus divagaciones pasadas y nos consuela en parte de sus errores presentes. Toda la historia del hombre no es otra cosa que su alejamiento progresivo de la pura animalidad por la creación de su humanidad. Se deduce de esto que la antigüedad de una idea, lejos de probar algo en favor de ella, debe, al contrario, hacérsela sospechosa. En cuanto a la universalidad de un error, no prueba más que una cosa: la identidad de la naturaleza humana en todos los tiempos y en todos los climas. Y puesto que todos los pueblos en todas las épocas han creído y creen en dios, sin dejarnos imponer por ese hecho, sin duda incontestable, pero que no podría prevalecer en nuestro espíritu ni contra la lógica, ni contra la ciencia, ¿debemos concluir simplemente que la idea divina, sin duda salida de nosotros mismos, es un error necesario en el desenvolvimiento de la humanidad y preguntarnos cómo y por qué nació y por qué para la inmensa mayoría de la especie humana es necesaria aún hoy?

En tanto que no podamos darnos cuenta del modo cómo se produjo la idea de un mundo sobrenatural o divino, y cómo debió producirse necesariamente en el desenvolvimiento natural del espíritu humano y de la humana sociedad por la historia, podremos estar científicamente convencidos de lo absurdo de esa idea, pero no podremos destruirla nunca en la opinión del mundo, porque sin ese conocimiento no podríamos atacarla nunca en las profundidades mismas del ser humano, donde echó raíces, y condenados a una lucha estéril y sin fin, deberemos contentarnos con combatirla sólo en la superficie, en sus mil manifestaciones, cuyo absurdo, apenas abatido por los golpes del buen sentido, renacerá inmediatamente bajo una forma nueva y no menos insensata, porque, en tanto que las raíces de la creencia en dios queden intactas, producirá siempre retoños nuevos. Es así como en ciertas regiones de la sociedad civilizada actual, el espiritismo tiende a instalarse hoy sobre las ruinas del cristianismo.

Lo más indispensable es darnos cuenta por nosotros mismos, pues podremos decirnos ateos, pero en tanto que no hayamos comprendido la génesis histórica natural, de la idea de dios en la humana sociedad, nos dejaremos dominar siempre más o menos por los clamores de esa conciencia universal de que no habremos comprendido el secreto, es decir la razón natural; y vista la debilidad natural del individuo contra el medio social que le rodea, corremos siempre el riesgo de volver a caer tarde o temprano en la esclavitud del absurdo religioso. Los ejemplos de estas tristes conversiones son frecuentes en la sociedad actual.

Estamos convencidos más que nunca, señores, de la urgente necesidad actual de resolver completamente la siguiente cuestión:

*Formando el hombre con la naturaleza un solo ser y no constituyendo más que el producto material de una cantidad indefinida de causas exclusivamente materiales, ¿cómo esta dualidad, la suposición de dos mundos opuestos, uno espiritual, el otro material, uno divino, otro por completo natural, ha podido nacer, establecerse y arraigar tan profundamente en la conciencia humana?*

Estamos de tal modo persuadidos que de la solución de este asunto depende nuestra emancipación definitiva y completa de las cadenas de toda religión, que os pedimos permiso para exponer nuestras ideas sobre eso.

Podrá parecer extraño a muchas personas que en un escrito político y socialista tratemos cuestiones de metafísica y de teología. Pero es que, según nuestra convicción más íntima, estas cuestiones no se pueden separar de las del socialismo y de la política. El mundo reaccionario, impulsado por una lógica invencible, se vuelve más y más religioso. Sostiene al Papa en Roma, persigue las ciencias naturales en Rusia, pone en todos los países sus iniquidades militares y civiles, políticas y sociales bajo la protección del buen dios, a quien protege poderosamente a su vez, en las iglesias y en las escuelas, con ayuda de una ciencia hipócritamente religiosa, servil, complaciente, pesadamente doctrinaria, y por todos los medios de que el Estado dispone. El reino de Dios en el Cielo se traduce por el reino franco o disimulado del knut<sup>2</sup> sobre la Tierra y por la explotación en regla del trabajo de las masas sumisas. Tal es hoy el ideal religioso, social, político y absolutamente lógico del partido de la reacción en Europa. Al contrario y por razón inversa, la revolución debe ser atea: la experiencia histórica y la lógica han probado al mismo tiempo que basta un sólo amo en el Cielo para crear millares de esclavos en la Tierra.

En fin, el socialismo, por su objeto mismo, que es la realización del bienestar y de todos los destinos humanos aquí abajo, al margen de toda compensación celeste, ¿no es la realización y por consiguiente la negación de toda religión que, desde el

---

<sup>2</sup> Látigo ruso. (Nota de los editores)

dad o su fuerza relativas, es decir su prudencia y su interés propios<sup>6</sup>. Entonces el egoísmo, siempre según esa misma teoría, era la ley suprema, el único derecho: el bien era determinado por el éxito, el mal por la derrota, y la justicia no era más que la consagración del hecho cumplido, por horrible, por cruel o infame que fuese, lo mismo que en la moral política que prevalece hoy en Europa.

La distinción del bien y del mal no comienza, según ese sistema, más que con la conclusión del contrato social. Entonces, todo lo que era reconocido como constituyente del interés común, era proclamado bueno, y todo lo que le era contrario, malo. Los miembros contratantes, convertidos en ciudadanos, habiéndose asociado por un compromiso más o menos solemne, asumieron por eso mismo un deber: el de subordinar sus intereses privados a la salvación común, al interés inseparable de todos, y sus derechos fueron separados del derecho público, cuyo representante único, el Estado, fue por eso mismo investido con el poder de reprimir todas las rebeliones del egoísmo individual, pero con el deber de proteger a cada uno de sus miembros en el ejercicio de sus derechos, en tanto que estos últimos no fuesen contrarios al derecho común.

Vamos a examinar ahora lo que debe ser el Estado constituido así, tanto frente a otros Estados, sus semejantes, como frente a las poblaciones que gobierna. Ese examen nos parece tanto más interesante y útil cuanto que el Estado, tal como es definido, es precisamente el Estado moderno, en tanto que separado de la idea religiosa: *Estado laico o ateo*, proclamado por los publicistas modernos. Veamos, pues, ¿en qué consiste su moral? Es el Estado moderno, hemos dicho, en el momento en que se ha libertado del yugo de la iglesia, y en el que, por consiguiente, ha sacudido el yugo de la moral universal o cosmopolita de la religión cristiana; y añadiremos aún, en el momento en que no se ha penetrado todavía de la moral ni de la idea humanitaria, lo que no podría hacer, por otra parte, sin destruirse; porque en su existencia separada y en su concentración aislada, sería demasiado estrecho para poder abarcar, contener los intereses y por consiguiente también la moral de la humanidad entera.

---

<sup>6</sup> Esas relaciones que, por otra parte, no han podido existir entre los hombres primitivos, porque la vida social ha sido anterior al despertar de la conciencia individual y de la voluntad reflexiva en los hombres, y porque fuera de la sociedad ningún individuo humano ha podido tener nunca ni libertad absoluta ni relativa siquiera -esas relaciones, decimos, son precisamente las mismas que existen ya realmente hoy entre los Estados modernos, pues cada uno de ellos se considera como investido de una libertad, de un poder, de un derecho absolutos, con exclusión de todos los demás y no conservando, por consiguiente, ante los demás Estados, más que las consideraciones que le son sugeridas por su propio interés-, lo que los pone necesariamente a todos en estado de guerra permanente o latente. (Nota de Bakunin)

bertad de todos o del derecho común, es el Estado. Por consiguiente, allí donde comienza el Estado, la libertad individual cesa y viceversa.

Se responderá que el Estado representante de la salvación pública o del interés común de todos, nos cercena una parte de la libertad de cada uno más que para asegurarle todo el resto. Pero ese resto es la seguridad, si queréis, no es nunca la libertad. La libertad es indivisible: no se puede cercenar una parte sin matarla enteramente. Esa pequeña parte que cercenáis es la esencia misma de la libertad, es el todo. Por un movimiento natural, necesario e irresistible, toda mi libertad se concentra precisamente en la parte, por pequeña que sea, que cercenáis. Es la historia de la mujer de Barba Azul que tenía todo un palacio a su disposición, con la libertad plena y eterna de penetrar en todas partes, de verlo y de tocarlo todo, exceptuado un pequeño cuarto que la voluntad soberana de su terrible marido le había prohibido abrir bajo pena de muerte. Y bien, apartándose de todas las magnificencias del palacio, su alma se encontró enteramente en ese mal cuartucho: lo abrió y tuvo razón al abrirlo, porque fue un acto necesario de su libertad, mientras que la prohibición de entrar en él era una violación flagrante de esa misma libertad. Es la historia del pecado de Adán y Eva: la prohibición de probar el fruto del árbol de la ciencia, sin otra razón que tal era la voluntad del señor, era, de parte del buen dios un acto de horroroso despotismo; y si nuestros primeros padres hubiesen obedecido, toda la raza humana permanecería en la más humillante esclavitud. Su desobediencia, al contrario, nos ha emancipado y salvado. Ese fue, míticamente hablando, el primer acto de la libertad humana.

Pero el Estado, se dirá, el Estado democrático, basado en el libre sufragio de todos los ciudadanos, ¿sería también la negación de su libertad? ¿Y por qué no? Eso dependerá absolutamente de la misión y del poder que los ciudadanos presten el Estado. Un Estado republicano, basado en el sufragio universal, podrá ser muy despótico, más despótico que el Estado monárquico, porque bajo el pretexto de que representa la voluntad de todo el mundo, pesará sobre la voluntad y sobre el movimiento libre de cada uno de sus miembros con todo el peso de su poder colectivo.

Pero el Estado, se dirá aún, no restringe la libertad de sus miembros más que en tanto y sólo cuando es dirigida hacia la injusticia, hacia el mal. Les impide matarse mutuamente, robarse, ofenderse, y en general hacer mal, dejándoles, al contrario, libertad plena y entera para el bien. Es siempre la misma historia de Barba Azul o la del fruto prohibido: ¿qué es el mal, qué es el bien?

Desde el punto de vista del sistema que examinamos, la distinción del bien y del mal no existía antes de la conclusión del contrato, cuando cada individuo quedaba sumido en el aislamiento de su libertad o de su derecho absoluto, no teniendo que guardar otra consideración, ante todos los demás, que la que le aconsejaba su debili-

momento que sus aspiraciones se encuentren realizadas, no tendrá ninguna razón de ser?

Al exponer nuestras ideas sobre los orígenes de la religión, nos proponemos ser lo más breves y sobrios que sea posible.

Sin querer profundizar en las especulaciones filosóficas sobre la naturaleza del ser, creemos poder establecer como un axioma la proposición siguiente: *Todo lo que es, los seres que constituyen el conjunto indefinido del universo, todas las cosas existentes en el mundo, cualquiera que sea su naturaleza, por parte, desde el punto de vista de la cantidad y de la calidad, grandes, medianas e infinitamente pequeñas, cercanas o inmensamente alejadas, ejercen sin quererlo y sin poder saberlo, unas sobre otras y cada una sobre todas, sea inmediatamente o por transición, una acción y una reacción perpetuas que, al combinarse en un sólo movimiento, constituye lo que llamamos la solidaridad, la vida y la causalidad universales.* Llamad a esa solidaridad dios, lo absoluto si os divierte eso, poco nos importa, siempre que no deis a ese dios otro sentido que el que acabamos de precisar: el de la combinación universal, natural, necesaria, pero de ningún modo predeterminada ni prevista, de una infinidad de acciones y de reacciones particulares. Esa solidaridad siempre móvil y activa, esa vida universal puede muy bien ser para nosotros racionalmente supuesta, pero nunca realmente abarcada, aun por la imaginación, y menos todavía reconocida. Porque no podemos reconocer más que lo que nos es manifestado por nuestros sentidos y éstos no podrán abarcar nunca más que una parte infinitamente pequeña del universo. Claro está, nosotros aceptamos esa solidaridad, no como una causa absoluta y primera, sino, al contrario, como una *resultante*<sup>3</sup>, producida y reproducida siempre por la acción simultánea de todas las causas particulares, acción que constituye, precisamente, la causalidad universal. Habiéndola determinado así, podemos decir ahora, sin temor a producir por eso un malentendido, que la vida universal crea los mundos. Ella es la que ha determinado la configuración geológica, climatológica y geográfica de nuestra Tierra y la que, después de haber cubierto su superficie con todos los esplendores de la vida orgánica, continúa *creando* aún el mundo humano: la sociedad con todos sus desenvolvimientos pasados, presentes y futuros.

Se comprende ahora que en la creación así entendida no pueda hablarse ni de ideas anteriores, ni de leyes preordenadas, preconcebidas. En el mundo real, todos los hechos, producidos por un concurso de influencias y de condiciones sin fin, vienen pri-

---

<sup>3</sup> Como todo individuo humano no es más que la resultante en todas las causas que han presidido su nacimiento, combinadas con todas las condiciones de su desenvolvimiento posterior. (Nota de Bakunin)

mero, después viene con el hombre pensante la conciencia de esos hechos y el conocimiento más o menos detallado y perfecto de la *materia* de que son producto; y cuando en un orden de hechos cualquiera, observamos que la misma manera o el mismo procedimiento se repiten a menudo o casi siempre, llamamos a esa repetición una *ley* de la naturaleza.

Por la palabra *naturaleza* no entendemos una idea mística, panteísta o substancial cualquiera, sino simplemente la suma de los seres, de los hechos y de los procesos reales que producen estos últimos. Es evidente que en la naturaleza definida así - gracias, sin duda, al concurso de las mismas condiciones e influencias y quizá, también, gracias a las tendencias tomadas por la ola de perpetua creación-, tendencias que, a fuerza de haber sido repetidas muy a menudo se han hecho constantes, es evidente, decimos, que en ciertos órdenes determinados de hechos, las mismas leyes se reproducen siempre y no es más que a causa de esa constancia de los procesos de la naturaleza, por lo que el espíritu humano ha podido constatar y reconocer lo que llamamos las leyes mecánicas, físicas, químicas y fisiológicas; es por ella cómo se explica también la casi constante repetición de los géneros, de las especies y de las variedades, tanto vegetales como animales, en las cuales se ha desarrollado hasta aquí la vida orgánica sobre la Tierra. Esa constancia y esa repetición no son absolutas. Dejan siempre un amplio campo a lo que llamamos impropriamente anomalías y excepciones, manera de hablar muy injusta, porque los hechos a los que se refiere prueban sólo que esas reglas generales reconocidas por nosotros como leyes naturales, y que no son más que abstracciones desprendidas de nuestro espíritu, del desenvolvimiento real de las cosas, no están en estado de abarcar, de agotar, de explicar toda la indefinida riqueza de ese desenvolvimiento. Por lo demás, como lo demostró bien Darwin, al combinarse con mucha frecuencia entre sí esas pretendidas anomalías, y al fijarse por eso mismo más, creando por decirlo así nuevos procedimientos habituales, nuevas maneras de reproducirse y de ser en la naturaleza, constituyen precisamente el camino por el cual la vida orgánica da nacimiento a nuevas variedades y especies. Es así cómo, después de haber comenzado por una simple célula apenas organizada y de haberla hecho pasar por todas las transformaciones de la organización vegetal, primero, y más tarde animal, hizo de ella un hombre.

¿Será el hombre el último y el más completo producto orgánico sobre la Tierra? ¿Quién podrá responder y jurar que dentro de algunas decenas o centenas de siglos no pueda derivarse de la más alta variedad de la especie humana una especie de seres superiores al hombre y que tendrían la misma relación con él que tiene hoy el hombre con el gorila? En todo caso, que nuestra vanidad se reasegure. Los procesos de la naturaleza son muy lentos y nada denota, en el estado actual de la humanidad, la probabilidad de que vaya a dar nacimiento a una especie superior. Por lo demás, siempre la naturaleza, ¿no continua inmediatamente su obra de creación perpetua en

transforma en el fundamento de la sociedad o más bien del Estado; porque es preciso advertir que en esa teoría no hay lugar para la sociedad, no existe más que el Estado, o más bien la sociedad entera es absorbida en esa teoría por el Estado.

La *sociedad* es el modo natural de existencia de la colectividad humana independientemente de todo contrato. Se gobierna por las costumbres o por los hábitos tradicionales, pero nunca por las leyes. Progresas lentamente por el impulso que le dan las iniciativas individuales y no por el pensamiento ni por la voluntad del legislador. Hay muchas leyes que la gobiernan a su manera, pero son leyes naturales, inherentes al cuerpo social, como las leyes físicas son inherentes a los cuerpos materiales. La mayor parte de esas leyes es desconocida hasta el presente, y sin embargo han gobernado la humana sociedad desde su nacimiento, independientemente del pensamiento y de la voluntad de los hombres que la han compuesto; de donde resulta que no hay que confundirlas con las leyes políticas y jurídicas que, en los sistemas que examinamos, proclamadas por un poder legislativo cualquiera, pretenden ser las deducciones lógicas del primer contrato formado conscientemente por los hombres.

El Estado no es un producto inmediato de la naturaleza; no precede, como la sociedad, al despertar del pensamiento en los hombres, y trataremos más adelante de demostrar cómo *la conciencia religiosa lo crea en medio de la sociedad natural*. Según los publicistas liberales, el primer Estado fue creado por la voluntad libre y reflexiva de los hombres; según los absolutistas, es una creación divina. En un caso y en otro, domina a la sociedad y tiende a absorberla por completo.

En el segundo caso, esa absorción se comprende por sí misma: una institución divina debe devorar necesariamente toda organización natural. Lo que es más curioso es que la escuela individualista, con su contrato libre, llegue al mismo resultado. Y en efecto, esa escuela comienza por negar la existencia misma de una sociedad natural anterior al contrato pues una sociedad tal supondría relaciones naturales de individuos y por consiguiente *una limitación recíproca de sus libertades*, contraria a la absoluta libertad que cada uno, de acuerdo a esa teoría, disfrutaría antes de la conclusión del contrato y que no sería ni más ni menos que ese contrato mismo, que existe como un hecho natural y anteriormente al libre contrato. Por tanto, según ese sistema, la sociedad humana no comienza más que con la conclusión del contrato. Pero ¿qué es entonces esa sociedad? Es la pura y lógica realización del contrato con todas sus disposiciones y consecuencias legislativas y prácticas, es el Estado.

Examinémosla de más cerca. ¿Qué representa? La suma de las negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros; o bien la de los sacrificios que todos sus miembros hacen al renunciar a una porción de su libertad en provecho del bien común. Hemos visto que, según la teoría de los individualistas, la libertad de cada uno es el límite o bien la negación natural de la libertad de todos los demás ¡y bien! esa limitación absoluta, esa negación de la libertad de cada uno en nombre de la li-

la sociedad primitiva haya sido establecida por un contrato libre, formado por los salvajes. Pero J. J. Rousseau no es el único que lo afirma. La mayoría de los juristas y de los publicistas modernos, sean de la escuela de Kant, sean de otra escuela individualista y liberal cualquiera, y que no admiten ni la sociedad fundada en el derecho divino de los teólogos, ni la sociedad determinada por la escuela hegeliana, como la realización más o menos mística de la moral objetiva, ni la sociedad primitivamente animal de los naturalistas, toman *nolens volens* y por falta de otro fundamento el contrato tácito<sup>5</sup> como punto de partida. ¡Un contrato tácito! Es decir, un contrato sin palabras y por consiguiente sin pensamiento y sin voluntad, ¡una repulsiva insensatez! ¡Una absurda ficción y, lo que es más, una maléfica ficción! ¡Una indigna superchería! porque supone que cuando yo no estaba en estado de querer, de pensar ni de hablar, me he dejado esquilmar sin protesta, he podido consentir, para mí y para mi descendencia entera, una eterna esclavitud.

Las consecuencias del *contrato social* son, en efecto, funestas, porque culminan en la absoluta dominación del Estado. Y sin embargo el principio, tomado como punto de partida, parece excesivamente liberal. Los individuos antes de formular ese contrato son considerados como gozando de una libertad absoluta, porque, según esa teoría, el hombre natural, el salvaje es el único completamente libre. Hemos dicho lo que pensamos de esa libertad natural, que no es nada más que la absoluta dependencia del hombre gorila de la obsesión permanente del mundo exterior. Pero supongamos que sea realmente libre en su punto de partida, ¿por qué habría de formar entonces la sociedad? Para afianzar, se responde, su seguridad contra todas las invasiones posibles de ese mismo mundo exterior, inclusive de otros hombres, asociados o no asociados, pero que no pertenecían a esa nueva sociedad que se forma.

He ahí, pues, a los hombres primitivos, absolutamente libres, cada uno en sí y por sí, y que no gozan de esa libertad ilimitada más que en tanto que no se encuentran, más que en tanto que permanecen sumergidos cada cual en un aislamiento individual absoluto. La libertad de uno no tiene necesidad de la libertad del otro, al contrario, bastándose cada una de esas libertades individuales a sí misma, existiendo por sí, la libertad de cada uno aparece necesariamente como la negación de la de todos los demás, y todas esas libertades, al encontrarse, deben limitarse a empujarse mutuamente, a contradecirse, a destruirse...

Para no destruirse hasta el fin, forman también un *contrato* explícito o tácito, por el cual abandonan una parte de sí mismos para asegurar el resto. Ese contrato se

---

<sup>5</sup> En la edición de Júcar de las *Obras de Bakunin, tomo III*, traducción de D. A. de Santillán, de donde está extraído este escrito, la palabra que figura en lugar de *tácito* es *táctico*, tanto en ésta como en la siguiente. (Nota de los editores)

los desenvolvimientos históricos del mundo humano? No es culpa suya si hemos separado en nuestro espíritu ese mundo, la humana sociedad, de lo que llamamos exclusivamente el mundo natural.

La razón de esta separación está en la naturaleza misma de nuestro espíritu, que separa esencialmente al hombre de los animales y de todas las demás especies. Debemos reconocer, por consiguiente, que el hombre no es el único animal inteligente sobre la Tierra. Lejos de eso, la psicología comparada nos demuestra que no hay animal que esté desprovisto de inteligencia y que cuanto más una especie se aproxima a la especie humana, por su organización y sobre todo por el desenvolvimiento de su cerebro, más se eleva también su inteligencia. Pero sólo en el hombre llega al punto de poder ser llamada facultad de pensar, es decir, de combinar las representaciones de los objetos tanto exteriores como interiores que nos son dados por nuestros sentidos, de formar grupos, luego de comparar y de combinar de nuevo esos grupos diferentes, que no son ya seres reales, objetos de nuestros sentidos, sino nociones formadas en nosotros por el primer ejercicio de esa facultad que llamamos *juicio*, retenidas por nuestra memoria y cuya combinación posterior por esa misma facultad constituye lo que llamamos las *ideas*, para deducir, luego, consecuencias o aplicaciones lógicamente necesarias. Volvemos por desgracia a encontrar, bastante a menudo, hombres que no han llegado aún al pleno ejercicio de esa facultad, pero no hemos visto nunca ni oído hablar de ningún individuo de especie inferior que la haya ejercido jamás, a menos que se nos quiera citar el ejemplo del asno de Balaam o de otros animales recomendados a nuestra fe y a nuestro respeto por una religión cualquiera. Podemos, pues, decir, sin temor a ser refutados, que de todos los animales de la Tierra sólo el hombre piensa.

Sólo él está dotado de ese poder de abstracción, fortificado y desarrollado sin duda en la especie por el ejercicio de los siglos, que al elevarlo sucesivamente en sí por sobre todos los objetos que le rodean, por encima de todo lo que se llama el mundo exterior y aún por encima de él mismo, como individuo, le permite concebir, crear la idea de la totalidad de los seres, del universo, del infinito o del absoluto, idea completamente abstracta y vacía de todo contenido si se quiere; pero, no obstante, omnipotente y causa de todas las conquistas posteriores del hombre, porque sólo ella lo arranca a las pretendidas beatitudes y a la estúpida inocencia del paraíso animal, para lanzarlo en los triunfos y en los tormentos infinitos de un desenvolvimiento sin límites...

Gracias a esa facultad de abstracción, al elevarse el hombre por encima de la presión inmediata, que no deja nunca de ejercer sobre cada individuo los objetos exteriores, puede comparar los unos con otros, observar sus relaciones. He ahí el comienzo *del análisis y de la ciencia experimental*. Gracias a esa misma facultad se desdobra y, al separarse de sí mismo en sí mismo, se eleva por encima de sus movimientos

propios, de sus instintos y de sus diferentes apetitos, en tanto que pasajeros y particulares, lo que le da la posibilidad de compararlos entre sí, como compara los objetos y los movimientos exteriores, y de tomar partido por los unos contra los otros, según el ideal (social) que se ha formado en él, he ahí el despertar de la *conciencia* y de lo que llamamos *voluntad*.

¿Posee el hombre realmente una voluntad libre? Sí y no, según como se entienda. Si por *voluntad libre* se quiere significar libre arbitrio, es decir la facultad presumida del individuo humano de determinarse espontáneamente a sí mismo, independientemente de toda influencia exterior; si, como lo han hecho todas las religiones y todas las metafísicas, por esa pretendida voluntad libre se quiere arrancar el hombre a la corriente de la causalidad universal que determina la existencia de todas las cosas y que hace a cada uno dependiente de todos los demás, no podremos menos que rechazarla como una insensatez, porque nada puede existir fuera de esa causalidad.

La acción y la reacción incesante del todo sobre cada punto y de cada punto sobre el todo, constituyen, hemos dicho, la vida, la ley genérica y suprema y la totalidad de los mundos que es siempre y al mismo tiempo productora y producto; eternamente activa, omnipotente, esa universal solidaridad, esa causalidad mutua, que en lo sucesivo llamaremos *naturaleza*, ha creado, hemos dicho, entre una cantidad innumerable de otros muchos, nuestra Tierra con toda la escala de sus seres desde el mineral hasta el hombre. Los reproduce siempre, los desarrolla, los alimenta, los conserva; después, cuando llega su término y con frecuencia mucho antes de que haya llegado, los destruye o, más bien, los transforma en seres nuevos. Es pues, la omnipotencia, contra la cual no hay independencia ni autonomía posibles, el ser supremo que abarca y penetra con su acción irresistible toda la existencia de los seres; y entre los seres vivientes, no hay uno solo que no lleve en sí, sin duda, más o menos desarrollado, el sentimiento o la sensación de esa influencia suprema y de esa dependencia absoluta. Y bien, esa sensación y ese sentimiento constituyen el fondo mismo de toda religión.

La religión, como se ve, así como todas las cosas humanas, tiene su primera fuente en la vida animal. Es imposible decir que ningún animal, exceptuando el hombre, tenga una religión; porque la religión más simple supone ya un cierto grado de reflexión, al cual ningún animal, omitido el hombre, se ha elevado jamás. Pero es por completo imposible negar que en la existencia de todos los animales, sin exceptuar ninguno, se encuentran todos los elementos, por decirlo así materiales, constitutivos de la religión, sin duda menos el aspecto ideal, aquel que debe destruirla tarde o temprano: el pensamiento. En efecto, ¿cuál es la esencia real de toda religión? Es precisamente ese sentimiento de la absoluta dependencia del individuo, pasajero, frente a la eterna y omnipotente naturaleza.

opuesto, el malo. Entre las hormigas, entre las abejas, es la virtud que predomina, porque el instinto social parece aplastar absolutamente en ellas al instinto individual. Todo lo contrario sucede en los animales feroces, y en general se puede decir que es más bien el egoísmo el que triunfa en el mundo animal. El instinto de la especie, al contrario, no se despierta más que por cortos intervalos y no dura más que el tiempo necesario para la procreación y la educación de una familia.

En el hombre es otra cosa. Parece, y eso es una de las pruebas de su gran superioridad sobre todas las otras especies animales, que los dos instintos opuestos: el egoísmo y la sociabilidad, son en él mucho más poderosos ambos y mucho menos inseparables que en todos los animales de especies inferiores: es más feroz en su egoísmo que los animales más feroces y más socialista al mismo tiempo que las abejas y las hormigas.

La manifestación de una gran potencia de egoísmo o de individualidad en un animal cualquiera es una prueba indudable de una más grande perfección relativa a su organismo, el signo de una inteligencia superior. Cada especie animal es constituida como tal por una ley especial, es decir por un proceso de formación y conservación que le es propio y que le distingue de todas las demás especies animales. Esa ley no tiene existencia propia fuera de los individuos reales que pertenecen a la especie que gobierna; no tiene realidad más que en ellos, pero los gobierna de una manera absoluta y ellos son sus esclavos. En las especies inferiores, al manifestarse más bien como un proceso de la vida vegetal que de la vida animal, es casi por completo extraña, apareciendo casi como una ley exterior, a la cual obedecen, por decirlo así, mecánicamente los individuos apenas determinados como tales. Pero cuanto más se desarrollan las especies, ascendiendo por una serie progresiva hacia el hombre, más se individualiza la ley genérica y social que los gobierna y más completamente se realiza y se expresa en cada individuo; éste adquiere por eso mismo un carácter más determinado, una fisonomía más distinta, de suerte que, aun al continuar obedeciendo a esa ley tan fatalmente como los otros, desde el momento que se manifiesta en él como su impulso propio individual, como una necesidad más bien interior que exterior -a pesar de que esa necesidad interior sea producida siempre, sin que él sepa, por una multitud de causas externas-, el individuo se siente más libre y más autónomo, más dotado de movimiento espontáneo que los individuos de las especies inferiores. Comienza a tener el sentimiento de su *libertad*. Por tanto podemos decir que la naturaleza misma, por sus transformaciones progresivas tiende a la emancipación y que ya en su seno una mayor libertad individual es un signo indudable de superioridad. El ser comparativamente *más individual y más libre*, desde el punto de vista animal, es sin duda el hombre.

Hemos dicho que el hombre no sólo es el ser más individual de la Tierra, es también el más *social*. Fue un gran error de parte de J. J. Rousseau el haber pensado que

manera o de otra, haya descendido sobre la Tierra para enseñárselo y para establecer en la humana sociedad el orden político y civil, de donde resulta naturalmente esta triunfante conclusión: que todas las leyes y todos los poderes establecidos, consagrados por el cielo, deben ser siempre y en toda ocasión ciegamente obedecidos.

Esto es muy cómodo para los gobernantes, muy incómodo para los gobernados; y como pertenecemos al número de estos últimos, tenemos el mayor interés en examinar desde muy cerca la validez de la antigua aserción, que ha hecho de todos nosotros esclavos, para encontrar el medio de liberarnos de su yugo.

La cuestión se ha simplificado ahora para nosotros extremadamente: no siendo dios, o no siendo nada más que una creación de nuestra facultad de abstracción, unida al primer matrimonio con el sentimiento religioso que tenemos desde nuestra animalidad, no siendo dios más que una abstracción universal, incapaz de movimiento y de acción propia; la nada absoluta imaginada como ser supremo y puesto en movimiento sólo por la fantasía religiosa; absolutamente vacía de todo contenido y que se enriquece con todas las realidades de la Tierra; no dando al hombre, bajo una forma desnaturalizada, corrompida, divina, más que lo que le ha robado primeramente, dios no puede ser ni bueno ni malo, ni justo ni injusto. No puede querer nada, ni establecer nada, y no se convierte en el todo más que por la credulidad religiosa. Por consiguiente, si esta última ha encontrado en él las ideas de la justicia y del bien, es ella misma la que ha debido prestárselas a imagen suya; creyendo recibir, daba. Pero para prestarlas a dios, el hombre ha debido tenerlas. ¿Dónde las encontró? Necesariamente en sí mismo. Pero todo lo que tiene, lo tiene primero en su animalidad - pues su espíritu no es más que la explicación, la palabra de su naturaleza animal-. Por consiguiente, las ideas de lo justo y de lo bueno deben tener, como todas las demás cosas humanas, su raíz en la animalidad misma del hombre.

Y, en efecto, los elementos de lo que llamamos la moral se encuentran ya en el mundo animal. En todas las especies animales, sin excepción alguna, sólo con una gran diferencia de desenvolvimiento, ¿no vemos dos instintos opuestos: el instinto de la conservación del individuo y el de la conservación de la especie, o para hablar humanamente, *el instinto egoísta y el instinto social*? Desde el punto de vista de la ciencia, como desde el de la naturaleza misma, estos dos instintos son igualmente naturales y por consiguiente legítimos, y lo que es más, igualmente necesarios en la economía natural de los seres, pues el instinto natural mismo es una condición fundamental de la conservación de la especie; porque si los individuos no se defienden con energía contra todas las privaciones y contra todas las presiones exteriores que amenazan su existencia sin cesar, la especie misma, que no vive más que en ellos y por ellos, no podría subsistir. Pero si se quisiese juzgar estos dos movimientos no tomando por punto de vista absoluto más que el interés exclusivo de la especie, se diría que el instinto social es el bueno y el instinto individual, en tanto que le es

Nos es difícil observar ese sentimiento y analizarlo en todas las manifestaciones en los animales de especies inferiores; sin embargo podemos decir que el instinto de conservación, que se encuentra hasta en las organizaciones relativamente más pobres, sin duda en un grado menor que en las organizaciones superiores, no es más que una especie de sabiduría rutinaria que se forma en cada uno bajo la influencia de ese sentimiento, que no es otro, hemos dicho, que el sentimiento religioso. En los animales dotados de una organización más completa y que se aproximan más al hombre, se manifiesta de una manera mucho más sensible para nosotros, en el miedo instintivo y el pánico, por ejemplo, que se apodera de ellos algunas veces al aproximarse alguna gran catástrofe natural tales como un temblor de tierra, un incendio de bosques o una fuerte tempestad. Y en general se puede decir que el miedo es uno de los sentimientos predominantes en la vida animal. Todos los animales que viven en libertad son feroces, lo que prueba que viven en un miedo instintivo, incesante, que tienen siempre el sentimiento del peligro, es decir de una influencia omnipotente que los persigue, los penetra y los domina siempre en todas partes. Este temor, el temor de Dios, dirían los teólogos, es el comienzo de la sabiduría, es decir, de la religión. Pero en los animales no se convierte en religión, porque les falta ese poder de reflexión que fija el sentimiento, determina el objeto y lo transforma en conciencia, en pensamiento. Se ha tenido, pues, razón al pretender que el hombre es religioso por naturaleza como todos los animales, pero él sólo, sobre la Tierra, tiene la conciencia de su religión.

La religión, se ha dicho, es el primer despertar de la razón; sí, pero bajo la forma de la sinrazón. La religión hemos observado hace un momento, comienza por el temor. Y en efecto, el hombre, al despertar a los primeros resplandores de su sol interior, que llamamos conciencia de sí mismo, y al salir lentamente, paso a paso, de ese semisol magnético, de esa existencia por completo instintiva que llevaba cuando se encontraba aún en estado de pura inocencia, es decir animal: habiendo nacido por otra parte como todo animal, en el temor a ese mundo exterior, que le produce y le alimenta, es verdad, pero que al mismo tiempo le oprime, le aplasta y amenaza con devorarlo de inmediato-, el hombre ha debido tener necesariamente por primer objeto de su naciente reflexión, ese temor mismo. Se puede presumir que en el hombre primitivo, al despertar su inteligencia, ese instintivo terror debió ser más fuerte que en los animales de todas las demás especies; primero porque nace mucho menos armado que los demás y su infancia dura más tiempo, y además porque esa misma reflexión, apenas abierta y sin llegar aún a un grado suficiente de madurez y de fuerza para reconocer y para utilizar los objetos exteriores, ha debido arrancar al hombre de la unión, el acuerdo, la armonía instintiva, en las cuales, como primo del gorila debió encontrarse en el resto de la naturaleza antes que el pensamiento hubiese despertado; así la reflexión lo aisló en medio de esa naturaleza que, al hacérsele tan extra-

ña, debió aparecérsese a través del prisma de la imaginación, emitida y ensanchada por el efecto mismo de esa reflexión inicial, como una sombría y misteriosa potencia infinitamente más hostil y más amenazadora de lo que es en realidad.

Nos es excesivamente difícil, sino imposible, damos una cuenta exacta de las primeras sensaciones e imaginaciones religiosas del salvaje. En sus detalles han debido ser sin duda tan diversas como lo han sido las propias naturalezas de los pueblos primitivos que las han experimentado, tanto como los climas, la naturaleza de los lugares y todas las demás circunstancias y determinaciones exteriores, en cuyo medio se desarrollaron. Pero como después de todo eran sensaciones e imaginaciones humanas, han debido, a pesar de esa gran diversidad de detalles, resumirse en algunos simples puntos idénticos, de un carácter general y que nosotros vamos a tratar de fijar. Cualquiera que sea la procedencia de los diferentes grupos humanos y de la separación de las razas humanas sobre el globo; que todos los hombres no hayan tenido nunca más que un solo Adán-gorila o primo de gorila por antepasado, o que hayan salido de varios; que la naturaleza haya formado en diferentes puntos y en diferentes épocas, independientemente unos de otros, la facultad que constituye propiamente y que crea la humanidad de todos los hombres: la reflexión, el poder de abstracción, la razón, el pensamiento, en una palabra, la facultad de formar las ideas son -lo mismo que las leyes que determinan la manifestación de esa facultad, en todo tiempo y en todos los lugares, idénticas en todas partes y siempre- las mismas, de manera que ningún desenvolvimiento humano podría hacerse contrariamente a esas leyes. Esto nos da el derecho a pensar que las fases principales observadas en el primer desenvolvimiento religioso de un solo pueblo han debido reproducirse en el de las demás poblaciones de la Tierra.

A juzgar por los relatos unánimes de los viajeros que, desde el siglo pasado, han visitado las islas de Oceanía, como de los que en nuestros días han penetrado en el interior de África, el *fetichismo* debe ser la primera religión, la de todos los pueblos salvajes que se han alejado menos del estado natural. Pero el fetichismo no es otra cosa que la *religión del miedo*. Es la primera expresión humana de esa sensación de dependencia absoluta, mezclada al terror instintivo que hallamos en el fondo de toda vida animal y que, como lo hemos dicho ya, constituye la relación religiosa de los individuos hasta de las especies más inferiores, con la omnipotencia de la naturaleza. ¿Quién no conoce la influencia que ejercen y la impresión que producen sobre todos los seres vivos, sin exceptuar las plantas, los grandes fenómenos regulares de la naturaleza tales como el nacimiento y la puesta del sol, el claro de luna, la repetición de las estaciones, la sucesión del frío y del calor, la acción particular y constante del océano, las montañas, el desierto, o bien las catástrofes naturales, como las tempestades, los eclipses, los temblores de tierra, lo mismo que las relaciones tan variadas y mutuamente destructivas de las especies animales entre sí y con las espe-

Es así como la razón humana, el único órgano que poseemos para reconocer la verdad, al convertirse en razón divina se vuelve incomprendible para nosotros y se impone a los creyentes como la revelación del absurdo. Es así como el respeto al cielo se traduce en desprecio hacia la Tierra, y la adoración de la divinidad en denigración de la humanidad; el amor humano, esa inmensa solidaridad natural, que, al unir a todos los individuos, a todos los pueblos y al hacer la dicha y la libertad de cada uno dependientes de la libertad y de la dicha de todos los demás, debe, a pesar de todas las diferencias de colores y de raza, unirlos tarde o temprano en una común fraternidad, ese amor, transformado en amor divino y en religiosa caridad, se convierte pronto en plaga para la humanidad: toda la sangre vertida en nombre de la religión, desde el comienzo de la historia, los millones de víctimas humanas inmoladas a la mayor gloria de los dioses, testimonian eso... En fin, la justicia misma, esa madre futura de la igualdad, una vez transportada por la fantasía religiosa a las celestes regiones y transformada en justicia divina, al volver luego a caer sobre la Tierra bajo la forma teológica de la gracia, y al abrazar siempre y en todas partes el partido de los fuertes, no siembra ya entre los hombres más que violencias, privilegios, monopolios y todas las monstruosas desigualdades consagradas por el derecho histórico.

No pretendemos negar la necesidad histórica de la religión, ni afirmar que haya sido un mal absoluto en la historia. Si hubo uno fue, y por desgracia permanece siendo aún hoy, para la inmensa mayoría de la humanidad ignorante, un mal inevitable, como lo son, en el desenvolvimiento de toda humana facultad, los desfallecimientos, los errores. La religión, hemos dicho, es el primer despertar de la humana razón bajo la forma de la divina sinrazón; es el primer resplandor de la humana verdad a través del velo divino de la mentira; la primera manifestación de la moral humana, de la justicia y del derecho, a través de las iniquidades históricas de la gracia divina: es, en fin, el aprendizaje de la libertad bajo el yugo humillante y penoso de la divinidad, yugo que será preciso romper bien, a fin de conquistar por completo la razón razonable, la verdad verdadera, la plena justicia y la real libertad.

Por la religión, el hombre animal, al salir de la bestialidad, da un primer paso hacia la humanidad; pero en tanto que sea religioso, no llegará nunca a su fin, porque toda religión lo condena al absurdo y, falseando la dirección de sus pasos, le hace buscar lo divino en lugar de lo humano. Por la religión, los pueblos, apenas liberados de la esclavitud natural en que quedan sumergidas todas las otras especies animales, vuelven a caer de inmediato en la esclavitud de los hombres fuertes y de las castas privilegiadas por la divina elección.

Uno de los principales atributos de los dioses inmortales, como se sabe, es el de ser legisladores de la humana sociedad, los fundadores del Estado. El hombre, dicen poco más o menos todas las religiones, sería incapaz de reconocer lo que es el bien y el mal, lo justo y lo injusto; ha sido necesario, pues, que la divinidad misma, de una

do y colocado así, olvidando el hombre, o más bien ignorando su propia acción intelectual, que lo había creado, y no reconociéndose ya en la propia creación, *el abstracto universal*, se puso a adorarlo. Los papeles cambiaron de inmediato: el creado se transformó en el presunto creador y el verdadero creador, el hombre, ocupó su puesto entre tantas otras miserables criaturas, como una pobre criatura un poco privilegiada.

Una vez aparecido dios, el desenvolvimiento sucesivo y progresivo de las diferentes teologías se explica naturalmente como el reflejo del desenvolvimiento de la humanidad en la historia. Porque desde el momento que la idea de un ser extraordinario y supremo se apoderó de la imaginación del hombre y se estableció en su convicción religiosa, hasta el punto que la realidad de ese ser se le aparece más segura que la de las cosas reales que ve y que toca con sus dedos, es natural, necesario, que esa idea se convierta en el fondo principal de toda la humana existencia, que la modifique, la penetre y la domine exclusivamente y de una manera absoluta. El ser supremo aparece de inmediato como el amo absoluto, como el pensamiento, la voluntad, la fuente -como el creador y regulador de todas las cosas, nada podría ya rivalizar con él, y todo debe desaparecer en su presencia, pues la verdad de todas las cosas no se encuentra más que en sí mismo, y cada ser particular no puede ya, por poderoso que parezca, inclusive el hombre, existir en lo sucesivo más que por una concesión divina- lo que por lo demás es perfectamente lógico, puesto que de otro modo dios no sería el ser supremo, omnipotente, absoluto, es decir, no existiría de ningún modo.

Desde entonces, por una consecuencia natural, el hombre atribuye a dios todas las cualidades, todas las fuerzas, todas las virtudes que descubre sucesivamente, sea en sí, sea fuera de sí. Hemos visto que, colocado como ser supremo, y no siendo en realidad más que la abstracción absoluta, dios está absolutamente vacío de toda determinación y de todo contenido -desnudo y nulo como la nada; y como tal, se llena y se enriquece con todas las realidades del mundo existente, del cual no es más que la abstracción, pero que aparece a la fantasía religiosa como el señor y el amo- de donde resulta que dios es el expoliador absoluto y que siendo el antropomorfismo la esencia misma de toda religión, el cielo, morada de los dioses inmortales, no es más que un espejo infiel que refleja la propia imagen del hombre creyente transformada y ampliada.

Porque la acción de la religión no consiste sólo en que toma a la Tierra las riquezas y potencias naturales y al hombre sus facultades y sus virtudes, a medida que las descubre en su desenvolvimiento histórico, para transformarlas en el cielo en otros tantos atributos o seres divinos. Al efectuar esa transformación, cambia radicalmente la naturaleza de esas potencias y cualidades, las falsea, las corrompe, dándoles una dirección diametralmente opuesta a su dirección primitiva.

cies vegetales? Todo eso constituye para cada animal un conjunto de condiciones de existencia, un carácter, una naturaleza; y estaríamos tentados casi a decir un culto particular, porque en todos los animales, en todos los seres vivos, volveréis a encontrar una especie de adoración de la naturaleza, mezclada al temor y la alegría, a la esperanza y a la inquietud, y que en tanto que sentimiento, se parece a la religión humana. No faltan allí ni la invocación ni la oración misma. Considerad al perro amansado implorando una caricia, una mirada de su amo, ¿no es la imagen del hombre de rodillas ante su dios? Ese perro, con la imaginación y aun con un comienzo de reflexión que ha desarrollado en él la experiencia, ¿no transporta a su amo la omnipotencia natural que le obsesiona, como el hombre creyente la transporta a su dios? ¿Cuál es, pues, la diferencia entre el sentimiento religioso del hombre y el del perro? No es siquiera la reflexión, es el grado de reflexión, o bien la capacidad de fijarlo y de concebirlo como un pensamiento abstracto, de generalizarlo al nombrarlo, pues la palabra humana tiene esto de particular, que, incapaz de nombrar las cosas reales que obran inmediatamente en nuestros sentidos, no expresa más que la noción o la generalidad abstracta; y como la palabra y el pensamiento son formas distintas, pero inseparables, de un solo y mismo acto de la humana reflexión, esta última, al fijar el objeto del terror y de la adoración a animales o del primer culto natural del hombre, lo universaliza, lo transforma en ser abstracto y trata de designarlo con un nombre. El objeto real adorado por tal o cual individuo permanece siempre éste: *esa piedra, ese trozo de madera*, no otro, pero desde el momento en que lo nombró con la palabra, el mundo exclusivamente humano, el mundo de las abstracciones, aparece. Es así como comienza el primer despertar del pensamiento, manifestado por la palabra, el mundo exclusivamente humano, el mundo de las abstracciones.

Gracias a esa facultad de abstracción, hemos dicho, el hombre, nacido en la naturaleza, producido por ella, se crea en medio y en las condiciones mismas de esa naturaleza, una segunda existencia, conforme a su ideal, y progresiva como él.

Todo lo que vive, agregaremos, para explicarnos mejor, tiende a realizarse en la plenitud de su ser. El hombre, ser que vive y piensa a la vez, para realizarse debe conocerse primero. Esa es la causa del inmenso retraso que observamos en su desenvolvimiento y que hace que, para llegar al estado actual de la sociedad, en los países más civilizados -estado aún tan poco conforme al ideal a que tendemos hoy- le ha sido preciso emplear varios centenares de siglos ... Se diría que, en la investigación de sí mismo, a través de todas sus peregrinaciones fisiológicas e históricas, el hombre ha debido agotar todas las torpezas y desgracias posibles antes de haber podido realizar lo poco de razón y de justicia que reina hoy en el mundo.

El último término, el fin supremo de todo desenvolvimiento humano, es la *libertad*. J. J. Rousseau y sus discípulos se equivocaron al buscarla en los comienzos de la historia, cuando el hombre, privado de toda conciencia de sí, y por consiguiente

incapaz de formar ninguna especie de contrato, sufría plenamente el yugo de esa fatalidad de la vida natural, a la cual se encuentran sometidos todos los animales, y de la cual el hombre no pudo emanciparse, en un cierto sentido, más que por el uso consecutivo de su razón, que, desarrollándose con mucha lentitud, es verdad, a través de la historia, reconoció poco a poco las leyes que rigen el mundo exterior lo mismo que las que son inherentes a nuestra propia naturaleza, se las apropió por decirlo así, transformándolas en ideas, e hizo *que, aun continuando obedeciendo esas leyes, el hombre no obedeciese más que a sus propios pensamientos*. Frente a la naturaleza está para el hombre, la única dignidad y toda la libertad posible. No habrá nunca otra; porque las leyes naturales son inmutables, fatales: son la base misma de toda su existencia y constituyen nuestro ser, de manera que nadie podría rebelarse contra ellas sin llegar absolutamente al absurdo y sin suicidarse seguramente. Pero al reconocerlas y al apropiárselas por el espíritu, el hombre se eleva por encima de la obsesión inmediata del mundo exterior, después se convierte en creador a su vez, no obedeciendo en lo sucesivo más que a sus propias ideas, lo transforma según sus propias necesidades progresivas inspirándole, en cierto modo, la imagen de su humanidad.

Lo que llamamos *mundo humano* no tiene otro creador inmediato que el hombre que lo produce al conquistar, paso a paso, sobre el mundo exterior y sobre su propia bestialidad, su libertad y su humana dignidad. Las conquista impulsado por una fuerza independiente de él, irresistible, y que es igualmente inherente a todos los seres vivos. Esta fuerza es la corriente universal de la vida, aquella que hemos llamado la causalidad universal, la naturaleza, y que se traduce en todos los seres vivos, plantas o animales, por la tendencia a realizar, cada cual por sí mismo, las condiciones vitales de su especie, es decir, la satisfacción de sus necesidades. Esa tendencia, manifestación esencial y suprema de la vida, constituye la base misma de lo que llamamos *voluntad*: fatal e irresistible en todos los animales, sin exceptuar al hombre más civilizado, instintiva, se podría casi decir, mecánica, en las organizaciones inferiores; más inteligente en las especies superiores, no llega a la plena concepción de sí misma más que en el hombre, gracias a su inteligencia -que lo eleva por encima de cada uno de sus movimientos instintivos y le permite comparar y criticar y ordenar sus propias necesidades- sólo él entre todos los animales de esta Tierra posee una determinación reflexiva de sí mismo, *una voluntad libre*.

Bien entendido, esa libertad de la voluntad humana en presencia de la corriente universal de la vida o de esa causalidad absoluta, de la que cada querer particular no es por decirlo así más que un arroyo, no tiene otro sentido que el que le da la reflexión, en tanto que opuesta a la ejecución mecánica o al instinto. El hombre percibe y comprende las necesidades naturales que, al reflejarse en su cerebro, renacen en éste, por un procedimiento fisiológico reactivo, poco conocido aún, como una suce-

recompensa y su único paraíso. Si le preguntas, después de eso, su íntimo pensamiento y su última palabra sobre la unidad real del universo, os dirá que es *la eterna y la universal transformación*, un movimiento sin comienzo, sin límite y sin fin. Es, pues, lo contrario absolutamente de toda providencia, la negación de dios.

En todas las religiones que se reparten el mundo y que poseen una teología un poco desarrollada -menos el budismo, cuya doctrina extraña y por lo demás perfectamente incomprendida por los centenares de millones de sus adherentes, establece una religión sin dios-, en todos los sistemas de metafísica, dios se nos presenta ante todo como un ser supremo, eternamente pre-existente y pre-determinante, que se contiene en sí, que es él mismo el pensamiento y la voluntad generadores de toda existencia y anteriores a toda existencia: fuente y causa eterna de toda creación, inmutable y siempre igual a sí mismo en el movimiento universal de los mundos creados. Ese dios, lo hemos visto, no se encuentra en el mundo real, al menos en esa parte del universo al que el hombre puede llegar. Por tanto, no habiendo podido encontrarlo fuera de sí, el hombre ha debido encontrarlo en sí mismo. ¿Cómo lo ha buscado? Haciendo abstracción de todas las cosas vivas y reales, de todos los mundos visibles, conocidos. Pero hemos visto que al fin de ese viaje estéril, la facultad o la acción de abstracción del hombre no encuentra ya más que un sólo objeto: ella misma, pero libertada de todo contenido y privada de todo movimiento por falta de algo que superar -ella misma como abstracción, como ser absolutamente inmóvil y absolutamente vacío. Diríamos la nada absoluta. Pero la fantasía religiosa dice: el ser supremo, dios.

Por lo demás, como lo hemos observado ya, es inducida a hacerlo al tomar el ejemplo de la diferencia o de la oposición que la reflexión, ya desarrollada en este punto, comienza a establecer entre el hombre exterior -su cuerpo, y su mundo interior, que comprende su pensamiento y su voluntad- y el alma humana. Ignorando naturalmente que esta última no es más que el producto y la última expresión siempre renovada, reproducida, del organismo humano, viendo, al contrario, que en la vida diaria el cuerpo parece obedecer siempre a las sugerencias del pensamiento y de la voluntad; suponiendo por consiguiente que el alma es, si no el creador, al menos siempre el amo del cuerpo, al cual no quedaría entonces otra misión que la de servirla y la de manifestarla -el hombre religioso-, desde el momento en que su facultad de abstracción, del modo que acabamos de escribir, llega a la concepción del ser universal y supremo, que no es otra cosa, hemos probado, que esa potencia de abstracción que se coloca a sí misma como objeto, y constituye naturalmente el alma de todo el universo, dios.

Es así como el verdadero dios -el ser universal, eterno, inmutable y creado por la doble acción de la imaginación religiosa y de la facultad de abstracción del hombre-, fue colocado por primera vez en la historia. Pero, desde el momento que fue conoci-

natural de los seres, es preciso que nuestro espíritu se sumerja con respeto y amor en el estudio minucioso de los detalles y de lo infinitamente pequeño, sin lo cual no concebiríamos nunca la realidad viviente de los seres. No es, pues, sino uniendo esas dos facultades, esas dos tendencias en apariencia tan contrarias, la abstracción y el análisis atento, escrupuloso y paciente de todos los detalles, como podríamos elevarnos a la concepción real de *nuestro mundo, no exterior sino interiormente infinito* y formarnos una idea un poco suficiente de *nuestro universo* -de nuestro globo terrestre- o, si queréis, de nuestro sistema solar. Es, pues, evidente que si nuestro sentimiento y nuestra imaginación pueden darnos una imagen, una representación necesariamente más o menos falsa de este mundo, si pueden, por una especie de adivinación intuitiva, hacernos presentir una sombra, una apariencia lejana de la verdad, no es sino la ciencia la que podrá darnos la verdad pura y entera.

¿Cuál es, pues, esa curiosidad imperiosa que lleva al hombre a reconocer el mundo que le rodea, a perseguir con una infatigable pasión los secretos de esa naturaleza de que es él mismo, sobre la Tierra, el último y el más completo resultado? ¿Esa curiosidad es un simple lujo, un agradable pasatiempo o bien una de las principales necesidades inherentes a su ser? No vacilamos en decir que de todas las necesidades que constituyen su propia naturaleza, esa es la más humana, y no se hace realmente hombre, no se distingue efectivamente de todos los animales de las otras especies más que por esa inextinguible sed de saber. Para realizarse en la plenitud de su ser, hemos dicho, el hombre debe reconocerse y no se reconocerá nunca realmente en tanto que no haya reconocido realmente la naturaleza que le rodea y de la cual es producto. A menos, pues, de renunciar a su humanidad, el hombre debe *saber*, debe penetrar con el pensamiento todo el mundo visible, y sin esperanza de poder llegar nunca hasta el fondo, profundizar siempre más la coordinación y las leyes, porque nuestra humanidad no existe más que a ese precio. Le es preciso reconocer todas las regiones inferiores, anteriores y contemporáneas a él; todas las evoluciones mecánicas, físicas, orgánicas, químicas, geológicas, en todos los grados de desenvolvimiento de la vida vegetal y animal, es decir, todas las causas y condiciones de su propio nacimiento y de su existencia, a fin de que pueda comprender su propia naturaleza y su misión sobre esta Tierra -su patria y su teatro único-, a fin de que este mundo de la ciega fatalidad pueda inaugurar el reino de la libertad.

Tal es la tarea del hombre: es inagotable, es infinita y muy suficiente para satisfacer los espíritus y los corazones más ambiciosos. Ser instantáneo e imperceptible en medio del océano sin orillas de la transformación universal, con una eternidad ignorada tras sí y una eternidad desconocida ante él, el hombre pensante, el hombre activo, el hombre consciente de su humana misión permanece altivo y en calma en el sentimiento de su libertad que conquista por sí, iluminando, ayudando, emancipando, rebelando en caso de necesidad el mundo a su alrededor. He ahí su consuelo, su

sión lógica de pensamientos propios, y esa comprensión, en medio de su dependencia absoluta de ningún modo interrumpida, le da el sentimiento de la propia determinación, de la voluntad reflexiva espontánea y de la libertad. A menos de un suicidio, parcial o total, ningún hombre llegará jamás a liberarse de sus apetitos naturales, pero podrá regularlos y modificarlos, esforzándose por conformarlos cada vez más a lo que en las diferentes épocas de su desenvolvimiento intelectual y moral llamará lo justo y lo bello.

En el fondo, los puntos cardinales de la existencia humana más retirada y de la existencia animal menos despierta, son y quedarán siempre idénticos: nacer, desarrollarse y crecer, trabajar para comer y beber, después abrigarse y defenderse, mantener su existencia individual en el equilibrio social de su propia especie, amar, reproducirse, después morir... A estos puntos se añade para el hombre sólo uno nuevo: pensar y conocer, facultad y necesidad que se encuentra sin duda en su grado inferior, pero ya muy sensible, en las especies de animales que por su organización son más próximas al hombre, porque parece que en la naturaleza no hay diferencias cualitativas absolutas, y que las diferencias de cualidad se reducen, siempre en último análisis, a diferencias de cantidad, pero que en el hombre sólo llegan a un grado de poder de tal manera imperativo y predominante, que a la larga transforman toda su vida. Como lo observó muy bien uno de los más grandes pensadores de nuestros días, Ludwig Feuerbach, el hombre hace todo lo que hacen los animales, sólo que debe hacerlo más y más *humanamente*. Esa es toda la diferencia, pero es enorme<sup>4</sup>. Contiene toda la civilización con todas las maravillas de la industria, de la ciencia y de las artes; con todos los desenvolvimientos estéticos, religiosos, filosóficos, políticos, económicos y sociales de la humanidad, en una palabra todo el mundo de la historia. El hombre crea ese mundo histórico por el poder de una actividad que vuelve-

---

<sup>4</sup> No se repetiría bastante esto a muchos partidarios del naturalismo o del materialismo moderno que, porque el hombre ha encontrado en nuestros días su parentesco con todas las especies animales y su descendencia inmediata y directa de la Tierra y porque ha renunciado a las absurdas y vanas ostentaciones de un espiritualismo que, bajo el pretexto de gratificarlo con una libertad absoluta, lo condenaba a una eterna esclavitud, se imaginan que eso les da derecho a renunciar a todo respeto humano. Se podría comparar a esas gentes con los lacayos que, al descubrir el origen plebeyo de un hombre que se les había impuesto por su dignidad natural, creen poder tratarlo como un igual, por la simple razón de que no comprenden otra dignidad que la que a sus ojos crea un nacimiento aristocrático. Otros son tan felices por haber descubierto el parentesco del hombre con el gorila, que quisieran conservarlo siempre en estado animal y rehúsan comprender que toda su misión histórica, toda su dignidad y toda su libertad consisten en alejarse de él. (Nota de Bakunin)

réis a encontrar en todos los seres vivos, que constituye el fondo mismo de toda vida orgánica, y que tiende a asimilarse y a transformar el mundo exterior según las necesidades de cada uno, actividad por consiguiente instintiva y fatal, anterior a todo pensamiento, pero que, iluminada por la razón del hombre y determinada por su voluntad reflexiva, se transforma en él y por él, en *trabajo inteligente y libre*.

Es únicamente por el pensamiento por lo que el hombre llega a la conciencia de su libertad en ese medio natural de que es producto; pero es sólo el *trabajo* que la realiza. Hemos observado que la actividad que constituye el trabajo, es decir, *la obra tan lenta de la transformación de la superficie de nuestro globo por la fuerza física de cada ser vivo, conforme a las necesidades de cada uno*, se encuentra más o menos desarrollada en todos los grados de la vida orgánica. Pero no comienza a constituir el *trabajo propiamente humano* más que cuando, dirigida por la inteligencia del hombre y por su voluntad reflexiva, sirve a la satisfacción, no sólo de las necesidades fijas y fatalmente circunscritas de la vida exclusivamente animal, sino aun de las del ser pensante, *que conquista su humanidad afirmando y realizando su libertad en el mundo*.

El cumplimiento de esta misión inmensa, infinita, no es sólo una obra de desenvolvimiento intelectual y moral, es al mismo tiempo una obra de emancipación material. El hombre no se hace realmente hombre, no conquista la posibilidad de su desenvolvimiento y de su perfeccionamiento interior más que a condición de haber roto, en una cierta medida al menos, las cadenas de esclavos que la naturaleza hace pesar sobre todos sus hijos. Esas cadenas son el hambre, las privaciones de toda suerte, el dolor, la influencia de los climas, de las estaciones y en general las mil condiciones de la vida animal que mantienen al ser humano en una dependencia casi absoluta frente al medio que le rodea; los peligros permanentes que le amenazan en forma de fenómenos naturales y le oprimen por todas partes: ese temor perpetuo que constituye el fondo de toda existencia animal y que domina al individuo natural y salvaje hasta el punto que no encuentra nada en sí que pueda resistirlo y combatirlo... en una palabra, no falta ninguno de los elementos de la esclavitud más absoluta. El primer paso que el hombre da para emanciparse de esa esclavitud consiste, hemos dicho ya, en ese acto abstracto de la inteligencia que, al elevarse dentro de sí, por encima de las cosas que le rodean, le permite estudiar sus relaciones y sus leyes. Pero el segundo paso es un acto necesariamente material, determinado por la voluntad y dirigido por el conocimiento más o menos profundo del mundo exterior: es la aplicación de la fuerza muscular del hombre a la transformación de ese mundo según sus necesidades progresivas. Esa lucha del hombre, inteligente, trabajador, contra la madre naturaleza, no es una rebeldía contra ella, ni contra ninguna de sus leyes. No se sirve del conocimiento adquirido más que para fortificarse y premunirse solamente contra las invasiones brutales y contra las catástrofes accidentales, lo mismo que

do a no ser más que el mundo absoluto, se coloca ante sí mismo, sin reconocerse sin embargo, en esa sublime desnudez, como el *ser único y supremo*.

Se podría objetarnos que, después de haber afirmado nosotros mismos, en las páginas precedentes, *la unidad real del universo*, y después de haberla definido como la solidaridad o la causalidad universal y como la única omnipotencia que rige todas las cosas y que es sentida más o menos por todos los seres vivos, parece que queremos negarla ahora. Pero no la negamos de ningún modo, pretendemos sólo que entre esa real unidad universal y la unidad ideal buscada y creada abstractamente, por la metafísica tanto religiosa como filosófica, no hay nada de común. Hemos definido la primera como la suma indefinida de los seres o más bien como la suma de las transformaciones incesantes de todos los seres reales, o la de sus acciones y sus reacciones perpetuas que, al combinarse en un sólo movimiento, constituye, hemos dicho, lo que se llama la solidaridad o la causalidad universal, y hemos añadido que entendemos esa solidaridad no como una causa absoluta y primera, sino al contrario, como una *resultante*, siempre producida y reproducida por la acción simultánea de todas las causas particulares -acción que constituye precisamente, la *causalidad universal*- siempre creadora y siempre creada. Después de haberla determinado así, hemos creído poder decir, sin temor en lo sucesivo a ningún mal entendido, que esa causalidad universal crea los mundos, y aunque hayamos tenido cuidado de añadir que lo hace sin que pueda haber por su parte ningún pensamiento o voluntad interiores, ningún plan, ninguna premeditación o predeterminación posible, pues ella misma no tiene, fuera de su realización incesante, ninguna existencia ni anterior ni aislada, y no es nada más que una absoluta resultante -reconocemos ahora que esa expresión no es tan feliz ni tan exacta, y que a pesar de todas las explicaciones agregadas puede dar aún lugar a malentendidos-, tanto nos hemos habituado a asociar a esta palabra *creación* la idea de un creador consciente de sí mismo y separado de su obra. Habríamos debido decir que cada mundo, cada ser nace inconsciente e involuntariamente, se desarrolla, vive y muere transformándose en un ser nuevo en medio y bajo la influencia, omnipotente, absoluta, de la solidaridad universal, y añadiríamos ahora, para precisar aún más nuestro pensamiento, que la *unidad del universo* no es más que *la solidaridad y la infinidad absolutas de sus reales transformaciones, porque la transformación incesante de cada ser particular constituye la verdadera, la única realidad de cada uno, ya que todo el universo no es más que una historia sin límites, sin comienzo y sin fin*.

(...)

Y para conocer *ese* mundo, *nuestro* mundo infinito, la abstracción sola no basta. Nos conduciría de nuevo a dios, al ser supremo, a la nada. Aun aplicando esa facultad de abstracción, sin la cual no podríamos elevarnos nunca de un orden de cosas inferior a un orden de cosas superior, ni por consiguiente comprender la jerarquía

nes separadas y distintas sin la menor apariencia de unidad, una yuxtaposición indefinida, no un conjunto. ¿De dónde procede el conjunto? Yace en el pensamiento del hombre. La inteligencia del hombre está dotada de esa facultad de abstracción que le permite, después que recorrió lentamente y examinó separadamente, uno después de otro, una cantidad de objetos, unirlos en un sólo y mismo pensamiento. Es, pues, el pensamiento del hombre el que crea la unidad y el que la transporta a la diversidad del mundo exterior.

Se desprende de ello que esa unidad es un ser no concreto y real, sino abstracto, producido únicamente por la facultad de abstracción del hombre. Decimos: facultad *de abstracción*, porque, para unir tantos objetos diferentes en una sola representación, nuestro pensamiento debe hacer abstracción de todo lo que constituye su diferencia, es decir, su existencia separada y real y no retener más que lo que tienen de común, de donde resulta que cuanto más objetos abarca una unidad pensada por nosotros, más se eleva, y más se ratifica lo que retiene en común y lo que constituye su determinación positiva, su contenido -más abstracto y desprovisto de realidad se vuelve-. La vida, con todas sus exhuberancias y magnificencias pasajeras está abajo, en la diversidad. La muerte, con su monotonía eterna y sublime, está arriba, en la unidad. Subid cada vez más arriba por ese mismo poder de abstracción, sobrepasad el mundo terrestre, abarcad en un mismo pensamiento el mundo solar, imaginaos esa sublime unidad, ¿qué os quedará para llenarla? El salvaje se habría visto confundido, para responder a esta cuestión. Pero nosotros responderemos por él: quedará la materia con lo que llamamos *fuerza de abstracción*, la materia móvil con sus diversos fenómenos, tales como la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo que son, como se prueba hoy, diferentes manifestaciones de una sola y misma cosa. Pero si por la potencia de esa facultad de abstracción que no se detiene ante ningún límite, subís aún más alto, por encima de vuestro sistema solar, y reunís en vuestro pensamiento, no sólo esos millones de soles que vemos brillar en el firmamento, sino una infinidad aún de otros sistemas solares, que no vemos y que no veremos jamás, pero de los cuales suponemos la existencia, porque nuestro pensamiento, por la misma razón que no conoce límites a su acción de abstracción, rehúsa creer que el universo, es decir la totalidad de todos los mundos existentes, pueda tener un límite o un fin, haciendo después abstracción, siempre por nuestro pensamiento, de la existencia particular de cada uno de esos mundos existentes. Si tratáis de representaros la unidad de ese universo infinito: ¿qué os quedará para determinarla y llenarla? Una sola palabra, una sola abstracción: *el ser indeterminado*, es decir la inmovilidad, el vacío, la nada absoluta: dios.

*Dios es, pues, la abstracción absoluta*, es el propio producto del pensamiento humano que, como potencia abstractiva, habiendo superado todos los seres conocidos, todos los mundos existentes y liberado por eso mismo de todo contenido real, llega-

contra los fenómenos periódicos y regulares del mundo físico, y no es precisamente más que por el conocimiento y la observación más respetuosa de las leyes de la naturaleza, como se hace capaz de dominarla a su vez, de hacerla servir a sus designios y de poder transformar la superficie del globo en un ambiente más y más favorable a los desenvolvimientos de la humanidad.

Esta facultad de abstracción, fuente de todos nuestros conocimientos y de todas nuestras ideas, es, pues, también, como se ve, la única causa de todas las emancipaciones humanas. Pero el primer despertar de esa facultad que no es otra que la razón, no produce inmediatamente la libertad. Cuando comienza a obrar en el hombre, al desprenderse lentamente de las mantillas de su instintividad animal, se manifiesta primero, no bajo forma de una reflexión razonada que tiene conciencia y conocimiento de su actividad propia, sino bajo la de una *reflexión imaginativa* o de la sinrazón, y, como tal, no libera gradualmente al hombre de la esclavitud natural que le rodea en su cuna más que para arrojarlo de inmediato bajo el peso de una esclavitud mil veces más dura y más terrible aún: la de la religión.

Es la reflexión imaginativa del hombre la que transforma el culto natural, del que hemos encontrado los elementos y los rasgos en todos los animales, en culto humano, bajo la forma elemental del fetichismo. Hemos mostrado a los animales adorando instintivamente los grandes fenómenos de la naturaleza, que realmente ejercen en su existencia una influencia inmediata y poderosa, pero no hemos oído hablar nunca de animales que adoren un inofensivo trozo de madera, un trapo, un hueso o una piedra, mientras que encontramos ese culto en la religión primitiva de los salvajes y hasta en el catolicismo. ¿Cómo explicar esta anomalía en apariencia al menos tan extraña y que desde el punto de vista del buen sentido y del sentimiento de la realidad de las cosas, nos presenta al hombre muy inferior a los animales más modestos?

Este absurdo es el producto de la reflexión imaginativa del salvaje. No siente sólo la omnipotencia de la naturaleza como los otros animales, la hace objeto de su constante reflexión, la fija y la generaliza dándole un nombre cualquiera, hace de ella el centro a cuyo alrededor se agrupan todas sus imaginaciones infantiles. Incapaz de abarcar todavía con su pobre pensamiento el universo, el globo terrestre, el medio tan restringido en cuyo seno nació y vive, busca en todas partes dónde reside esa omnipotencia, cuyo sentimiento, en adelante reflexivo y fijado, le obsesiona, y por un juego, por una observación de su fantasía ignorante que nos sería difícil explicar hoy, lo asocia a ese trozo de madera, a ese trapo, a esa piedra... esto es puro fetichismo, la más religiosa, es decir la más absurda de todas las religiones.

Después, y a menudo con el fetichismo, viene el *culto de los brujos*. Este es un culto, si no mucho más racional, al menos más natural y que nos sorprenderá menos que el puro fetichismo, porque estamos habituados a él, pues estamos rodeados hoy mismo de brujos. Los espiritistas, los médium, los clarividentes con sus magnetiza-

dores, y hasta los sacerdotes de la iglesia católica romana y los de la iglesia oriental griega, que pretenden tener el poder de forzar al buen dios, con ayuda de algunas fórmulas misteriosas, a bajar sobre el agua o bien a transformarse en pan y en vino, todos esos *forzadores* de la divinidad sometida a sus encantamientos, ¿no son otros tantos brujos? Es verdad que su divinidad, surgida de un desenvolvimiento de varios millares de años, es mucho más complicada que la de la brujería primitiva, que no tiene ante todo por objeto más que la imaginación ya fijada, pero aun indeterminada de la omnipotencia, sin ningún atributo, sea intelectual, sea moral. La distinción del bien y del mal, de lo justo o de lo injusto, es desconocida aún; no se sabe lo que ama, lo que detesta, lo que quiere y lo que no quiere; no es ni buena ni mala, es sólo la omnipotencia. Por consiguiente, el carácter divino comienza ya a dibujarse; es egoísta y vanidoso, ama los cumplimientos, las genuflexiones, la humillación y la inmolación de los hombres, su adoración y sus sacrificios, y persigue y castiga cruelmente a los que no quieren someterse: a los rebeldes, a los orgullosos, a los impíos. Es, como se sabe, el fondo principal de la naturaleza divina en todos los dioses, antiguos y presentes, creados por la sinrazón humana. ¿Hubo alguna vez en el mundo un ser más atrocemente vanidoso, egoísta sanguinario que el Jehová de los judíos o el dios, padre de los cristianos?

En el culto de la brujería primitiva, la divinidad, o esa, omnipotencia indeterminada, aparecía primero inseparable de la persona del brujo: él mismo es dios como el fetiche. Pero a la larga, el rol de hombre sobrenatural, de hombre-dios, para un hombre real -sobre todo para un salvaje, que no tiene todavía ningún medio para substraerse a la curiosidad indiscreta de sus creyentes y permanece desde la mañana a la noche expuesto a sus investigaciones- se hace imposible. El buen sentido, el espíritu práctico de una población salvaje, que continúa desenvolviéndose paralelamente a su imaginación religiosa, acaba por demostrarle la imposibilidad de que un hombre accesible a todas las debilidades y enfermedades humanas sea un dios. El brujo permanece para ella un ser sobrenatural, pero sólo un instante, cuando está poseído. ¿Pero poseído por quién? Por la omnipotencia, por dios... Por consiguiente la divinidad se encuentra ordinariamente fuera del brujo. ¿Dónde buscarla? El fetiche, el dios-cosa ha pasado; el brujo, el hombre-dios también. Todas esas transformaciones, en los tiempos primitivos, han podido ocupar siglos. El hombre salvaje ya avanzado, desarrollado y rico con la experiencia y la tradición de varios siglos, busca entonces la divinidad lejos de él, pero siempre en seres realmente existentes: en el sol, en la luna, en los astros. El pensamiento religioso comienza ya a abarcar el universo.

El hombre, hemos dicho, no ha podido llegar a ese punto más que después de una larga serie de siglos. Su facultad de abstracción, su razón, se ha desarrollado ya, fortificado, probado por el conocimiento práctico de las cosas que le rodean, y por la observación de sus relaciones o de su causalidad mutua; la repetición regular de

ciertos fenómenos le ha dado la primera noción de algunas leyes naturales; comienza a inquietarse por el conjunto de los fenómenos y de sus causas; las busca. Al mismo tiempo, comienza a conocerse a sí mismo, y gracias siempre a esa potencia de abstracción que le permite elevarse en sí, por el pensamiento, por encima de sí, y de colocarse como objeto de su reflexión, comienza a separar su ser material y viviente de su ser pensante, su exterior de su interior, su cuerpo de su alma. Pero una vez adquirida y fijada por él esa distinción, la transporta natural, necesariamente a su dios, comienza a buscar el alma invisible de ese aparente universo. Es así cómo ha debido nacer el panteísmo religioso de los hindúes.

Debemos detenernos sobre este punto, porque es aquí donde comienza propiamente la religión en la plena acepción de esta palabra, y con ella la teología y la metafísica mismas. Hasta entonces la imaginación religiosa del hombre, obsesionada por la representación fija de la omnipotencia, ha procedido naturalmente, al buscar la fuente y la causa de esa potencia, por la vía de la investigación experimental, primero en los objetos más próximos, en los fetiches, después en los brujos, más tarde en los grandes fenómenos de la naturaleza, en fin en los astros, pero asociándola siempre a algún objeto real y visible por lejano que esté. Ahora supone la existencia de un dios espiritual, extra-mundano, invisible. Por otra parte, hasta aquí sus dioses han sido seres restringidos y particulares, entre muchos otros seres no divinos, no dotados de la omnipotencia, pero no menos realmente existentes. Ahora presenta por primera vez una divinidad universal: el ser de los seres, substancia y creador de todos esos seres restringidos y particulares, el alma universal de todo el universo, el gran todo. He aquí pues, el verdadero dios que comienza y con él la verdadera religión.

Debemos examinar ahora el procedimiento por el cual ha llegado el hombre a ese resultado, a fin de reconocer en su origen histórico mismo la verdadera naturaleza de la divinidad.

Toda la cuestión se reduce a ésta: ¿cómo nacen en el hombre la representación del universo y la idea de su unidad? Primero, comencemos por decirlo, la representación del universo por el animal no puede existir, porque no es un objeto que se dé inmediatamente por los sentidos, como todos los objetos reales, grandes o pequeños, que le rodean de cerca o de lejos -es un ser abstracto y que por consiguiente no puede existir más que por la facultad de abstracción-, es decir, sólo por el hombre. Examinemos, pues, cómo se forma en el hombre. El hombre se ve rodeado de objetos exteriores; él mismo, en tanto que cuerpo viviente, es uno para su propio pensamiento. Todos esos objetos que conoce sucesiva y lentamente, se encuentran entre sí en relaciones mutuas, regulares, que reconoce también más o menos; y sin embargo, a pesar de esas relaciones, que los avecinan sin unirlos ni confundirlos en uno sólo, esos objetos quedan fuera uno de otro. El mundo exterior no presenta, pues, en el hombre, nada más que una diversidad innumerable de objetos, de acciones y de relacio-